

T
745.509 861 26
O 83s
Ej.2

UN SIGLO DE TRABAJO ARTESANAL EN ANTIOQUIA

MARTA CECILIA OSPINA E.

DEPARTAMENTO DE HISTORIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
MEDELLIN
1995

UN SIGLO DE TRABAJO ARTESANAL EN ANTIOQUIA

POR:

MARTHA CECILIA OSPINA ECHEVERRI

PROHIBIDA LA REPRODUCCION SIN
LA AUTORIZACION EXPRESA DE
LOS AUTORES
Estatuto Propiedad Intelectual
(Resolucion Rectoral 1274 de 1996)

Monografía presentada para
optar al título parcial de
Historiadora.

Asesor: Víctor Alvarez M.

DEPARTAMENTO DE HISTORIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

OCTUBRE 2 DE 1995



745.50986126

083.s

Ej.2

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCION	1
1.1. BALANCE HISTORIOGRAFICO	15
2. LOS OFICIOS EN ANTIOQUIA	26
2.1. Algunos aspectos demograficos	29
2.2. Mineros, campesinos, sirvientes y artesanos	34
2.2.1. Campesinos y artesanos	35
2.2.2. Servicios	47
3. TEJIDOS Y MANIPULACION DE LAS TELAS	56
3.1. Tejidos	59
3.2. Manipulación de las telas	61
3.3. Sastrería	63
3.3.1. Preparación en el oficio	64
3.3.2. El diario vivir de las sastrerías	66
3.4. Modistas	73
3.5. Sombreros	82
3.5.1. Aguadas y la tradición del tejido de Sombreros	83
4. EL TRABAJO CON LOS METALES	94
4.1. Antecedentes	95
4.2. La Escuela de Artes y Oficios	106
4.3. Plateros	111

5. EL TRABAJO CON LAS MADERAS	123
5.1. Carpinteros, ebanistas y albañiles	123
5.2. El Siglo XIX	126
5.3. Carpinteros y construcción	131
5.4. Carpintería y ebanistería	135
5.5. La formación en el oficio	138
6. MANIPULACION DE LOS CUEROS	147
6.1. Tenerías, talabarterías y zapaterías	147
6.2. Curtido del cuero	151
6.3. Exportación de cueros	157
6.4. Talabarterías	160
6.4.1. El Carriel	163
6.5. Calzado	165
EPILOGO	181
BIBLIOGRAFIA OTRAS Y FUENTES	184

INTRODUCCION

Con este escrito pretendo hacer una reflexión histórica sobre los artesanos en Antioquia, enfatizando en aspectos socioeconómicos, especialmente para la segunda mitad del siglo pasado, un momento en el que se supone Colombia da inicio a su proceso de industrialización.

Es precisamente un acercamiento a la "Industrialización antioqueña", lo que ha permitido constatar que por la dinámica de la misma, los artesanos, lejos de desaparecer, hacen parte de este proceso y en algunos frentes se fortalecen. Medellín y las localidades aledañas ocupan el lugar central del análisis porque allí se instalan las primeras fábricas y además cohabitan un número apreciable de artesanos. Así mismo, se cuenta con un mayor acervo de documentación para la zona referida, quedando pendiente una exploración sistemática en los archivos de algunos pueblos.

Fue necesario en una fase inicial aclarar el concepto de artesano. Estos deben ser identificados desde la propiedad o no de los medios de producción, el nivel tecnológico y las relaciones entre las partes. Weber los define desde la posesión de los medios materiales de producción (1). Lo que en teoría serviría para aclarar el espectro, lo hace más complejo debido a la variedad de situaciones que se presentan; por ejemplo, se espera que en el taller artesanal

se maneje un tipo de relaciones directas entre maestro y aprendiz, pero tal condición no fue exclusiva de estos. En Antioquia, las relaciones obrero patronales de la pequeña fábrica eran bastante directas, mediatisadas por vínculos de compadrazgo muchas veces, o por el discurso religioso, bastante respetuoso de la autoridad. Otra condición del taller artesanal es la de una tecnología no muy avanzada donde el trabajador hace una manipulación directa de la herramienta. Por consiguiente, los procesos técnicos complicados corresponden a la gran industria. Para el caso de Antioquia lo observado es que muchos capitales fueron invertidos en lo que ha querido llamarse la industria moderna de principios de siglo no sólo para la instalación de nuevas fábricas, sino también para ampliar la cobertura de algunos talleres. De estos no fueron pocos los que conservaron técnicas artesanales de trabajo; por ejemplo, hubo sastrerías desde fines del siglo pasado con una gran cantidad de trabajadores encargados de la costura de las prendas mientras el propietario era el único que hacía los cortes. Otros fueron simplemente inversionistas ocupados en agrupar en un mismo local expertos artesanos a quienes empezaban a tratar como obreros dirigiéndoles la producción. El local se acreditaba por la calidad de los trabajadores.

Es así como, mirado desde el individuo, el taller artesanal admite una serie de relaciones que se tejen entre las

partes. Por un lado se dan las generadas por la vía de propietarios y no propietarios con una serie de relaciones directas entre las partes y con posibilidades de ascenso para los estratos inferiores; por otra parte es necesario tener en cuenta la forma como se enseña la técnica, que para el taller artesanal se concreta por la relación maestro aprendiz e implica, a su vez, la realización de varias actividades por un solo individuo, mientras que la gran industria se caracteriza por el aprendizaje de una labor específica y el ejercicio de la misma.

Además, el concepto de artesano está directamente ligado a la idea que la sociedad tenga de si misma. Es temporal y lleva consigo una serie de valores tanto positivos como negativos que lo determinan. Por ejemplo, la definición planteada por Rafael Uribe Uribe a fines del siglo XIX nos aclara mejor la concepción que de ellos se tenía y corrobora que el término mismo es fluctuante según el momento histórico desde donde se analice:

Artesano o menestral: persona que ejercita un arte u oficio meramente mecánico.

Artista: el que ejercita algún arte liberal o en que tenga mas parte el ingenio que la práctica y el ejercicio de la mano (2). Tal concepción, señalada ya en algunos estudios etnológicos, está muy lejos de darle al artesano el papel que cumple y ha cumplido dentro de la sociedad. Para Leroi-

Gourhan "La civilización reposa sobre el artesano... En relación a la 'santidad' del sacerdote, el 'heroísmo' del guerrero, a la 'valentía' del cazador, al 'prestigio' del orador, a la 'nobleza' de las tareas rurales incluso, su acción es sencillamente 'hábil'. Es él quien materializa lo que hay de mas antrópido en el hombre, pero se desprende de su larga historia el sentimiento de que representa solamente uno de los dos polos, el de la mano, la antípoda de la meditación..." (3).

Lo que le interesa a este trabajo es identificar, según la concepción que sobre artesano se tiene en este momento, sus actores sociales. Se tiene claro además que conforman el sector varias clases sociales, nunca de los estratos mas elevados, o por lo menos, que su actividad no fue factor de riqueza, mientras que si lo eran los negocios, la minería y el comercio.

Estos mismos actores gozaron de independencia económica y podían, en términos generales, vivir de su oficio. Eran conocidos por la comunidad y a sus talleres llegaban los posibles contratantes. No obstante, la unidad de producción era pequeña y no aspiraba a ocupar un gran número de trabajadores.

Para hacer un estudio más en detalle se prefirió un acercamiento al tema por sectores económicos. Es así como,

definidos uno por uno se hallan:

Trabajadores de los textiles y tejidos: sastres, modistas, tejedores y sombrereros.

Trabajadores del sector de las maderas: Carpinteros y ebanistas.

Trabajadores de los metales: Herrerros y plateros.

Trabajadores de los cueros: Tenerías, zapaterías y talabarterías.

Además, sin que la intención de la Monografía fuera albergar una temporalidad anterior a la 2a. mitad del siglo XIX, ni posterior a la 3a. década del siglo XX, se quiso preguntar por algunos precedentes que ayudaran en la explicación de los asuntos. Por eso, en ocasiones, el lector verá como se acude al período colonial o se remata en 1938, fecha del último censo estudiado.

ANTECEDENTES

El desarrollo de la artesanía tiene en Antioquia connotaciones particulares que la hacen marcadamente diferente de las otras regiones del país. El aislamiento geográfico, señalado ya en algunos estudios históricos, a la vez que una barrera para el intercambio comercial, sirvió de base a una incipiente producción artesanal con miras a satisfacer necesidades inmediatas de algunos productos terminados como muebles, herraduras, artículos de cuero,

sombreros, vestuario, etc.

Desde la llegada del europeo al territorio antioqueño, los oficios entraron a depender de la dinámica de la ocupación y posteriormente de las restricciones españolas a la producción local y al comercio ultramarino con sus colonias. Aún no se sabe la medida exacta en que dichos controles influyeron sobre la producción; lo cierto es que algunos afirman que éstos significaron más una protección que una barrera al desarrollo interno de la manufactura y la artesanía (4). Pero el crecimiento manufacturero no fue generalizado en Colombia. El Socorro, Pasto y Bogotá fueron en la época colonial los mas connotados centros de producción artesanal y de allí se distribuía a otros lugares del virreinato, incluído el territorio antioqueño.

Las telas fueron los productos que más se trajeron de esos sitios. Por la vía de las importaciones también llegaron textiles y se procuró además satisfacer la demanda de otros productos.

El sector artesanal desde el período colonial le dio ocupación a un reducido número de gentes y no era tan numeroso como el agrícola, pues en cada localidad se hallaban algunos artesanos no agrupados en gremios o en grupos de presión salvo algunas excepciones. Por lo general se instalaban en las cabeceras de las localidades

aprovechando las oportunidades de mercadeo mas favorables allí, constante que se seguirá repitiendo en el siglo XIX y en general en todo el período estudiado.

Desde el período colonial se daba la constante de que los oficios artesanales no dieran riqueza por ser ésta una sociedad profundamente jerarquizada a partir de consideraciones étnicas, de vinculación con la burocracia y de posesión de tierra, esclavos, animales y minas.

El lugar que ganó en la sociedad el menestral, ya fuera negro libre o mulato, se resume para el caso de América en la siguiente idea de Frederick Bowser, citado por Luz Eugenia Pimienta:

"En una sociedad en que las oportunidades educativas, el ingreso a las profesiones más prestigiosas y los cargos burocráticos estaban cerrados para las personas de ascendencia africana, salvo una pequeñísima minoría de los más afortunados, los oficios ofrecían seguridad económica y cierta posición en la comunidad" (5).

En el caso de Antioquia algunos oficios artesanales en los inicios de la colonia eran desempeñados por la población esclava y en menor medida por blancos pobres y mestizos. A fines del siglo XVIII el mestizaje terminó por acortar las distancias entre algunas clases, especialmente entre los estratos mas bajos a la vez que se dio una cierta valoración

por algunos oficios como los artesanales y la minería; los mulatos eran los mas atrajidos y los estimaban como una forma de progreso; les seguían los mestizos y por último los blancos a una escala muy pequeña. La mayoría, a lo sumo, vivía de su labor. Las unidades familiares se ayudaban, en este caso, con diversas labores de cada uno de sus miembros como el producto de una pequeña parcela, la minería o el trabajo como jornalero.

Hasta el siglo XVIII sólo se necesitaba aprender el oficio. No había reglamentación ni control sobre los artesanos. Según Mon y Velarde, la causa de que no prosperaran los oficios en Antioquia y de que no surgiera la industria se debía a la falta de controles. Los que él proponía pretendían ser progresistas y moralizadores para que el artesano se ganara la confianza de sus posibles contratantes y viviera en armonía con la fe cristiana. Se buscaba verificar que los talleres estuvieran abiertos en horarios preestablecidos, que los materiales utilizados fueran buenos y que no hubiera trampas ni demoras. La pena en caso de infringir una de estas normas sería la pérdida del status y la ubicación en un nivel inferior. Algunos talleres, en especial los de forasteros debían pagar una especie de seguro para enfrentar imprevistos y quiebras (6). Terminado el período colonial y a lo largo de la primera mitad del siglo XIX las cosas no tuvieron una mayor variación. De todas formas aún falta por hacer una exploración mas

exhaustiva.

Ya en el siglo XIX el sector artesanal fue el segundo renglón de ocupación después del trabajo agrícola aunque con variaciones en algunos distritos como aquellos de tradición minera. Así mismo, interesa mostrar la consolidación de subregiones con centros productores de bienes y servicios, donde el intercambio no iba vaya mas allá de los límites cantonales o de influencia socio-geográfica inmediata. Las carreteras alrededor de una "localidad foco" y diversidad de talleres dentro de éstas fueron indicativos de tal situación a pesar de que Medellín poco a poco iba centralizando algunas actividades por ser el mayor centro comercializador y productor. Pero esta confluencia de un significativo número de artesanos en la ciudad no implicó que estos se unieran y conformaran industrias, o sea no varió su condición de artesanos. Esta realidad no significaba que estableciéndose allí éstos se pasaran a la producción industrial. Mas bien se seguía elaborando, sin variar la técnica, mercaderías para los pueblos vecinos. Tal es el caso de la confección de ropas, casi exclusiva de sastres y modistas hasta bien entrado el siglo XX, la producción de muebles, de sombreros, de artículos de talabartería entre otros. Además la industrialización de Medellín precisó de otros frentes artesanales para su desarrollo como los talleres de mecánica y reparación. Es así como se ha podido establecer, por la documentación

consultada, que la llamada "Industrialización" estuvo lejos de desplazar a los talleres tradicionales.

Si permanecen su dinámica en otros lugares distintos a Medellín se da más bien porque en ellos se hallaban artesanos de varios frentes de producción satisfaciendo una restringida demanda local permeada cada vez más por los artículos manufacturados provenientes de la capital. No obstante, algunos sitios se especializaron en ciertas producciones: tal es el caso de Jericó en talabartería y Aguadas en la fabricación de sombreros para citar sólo dos de las poblaciones más importantes en el trabajo artesanal en este periodo.

Mientras el artesano del siglo XIX en Europa era una especie de sobreviviente en una urbe mecanizada que privilegiaba el trabajo especializado en tipos de funciones mecánicas, en Antioquia era un sector con expectativas de crecimiento. Era casi todtero, a veces sólo en su oficio, como los sastres y las modistas, a veces incursionando en varias actividades como los carpinteros constructores o como los ebanistas que a más de ser tapizadores terminaron siendo los escogidos para armar los llamados "pasos" de las procesiones o los cerrajeros que hacían trabajos de mecánica.

En el siglo XIX los artesanos se sabían servidores de una variedad de usuarios, a veces pobres gentes con escaso

dinero para contratarlos, a veces encumbrados hombres que no obstante el servicio prestado los seguían discriminando.

Cada individuo se insertaba en los procesos productivos ya fuera como agricultor, comerciante, minero, artesano, pescador, entre otros. El mayor anhelo era el adelanto económico de la República. En las últimas décadas del siglo XIX la sociedad antioqueña estaba profundamente imbuida de la idea de progreso y creía que el trabajo sería siempre fuente de riqueza. El progreso a su vez era una consecuencia de la generación de empleo y esta como suprema fuente de valores sería un efectivo mecanismo de control social y serviría para satisfacer las necesidades básicas de la población. Se sostenía a viva voz que con el trabajo se evitarían males sociales como la vagancia y la prostitución. Igualmente se afirmaba que los estudios literarios y científicos no eran para las clases pobres. Se les debía dar instrucción técnica en algún oficio que pudieran practicar para asegurar su subsistencia. La ignorancia y la miseria eran en esa medida fuente segura de los vicios y los desórdenes, la pobreza una lepra que podía desestabilizar cualquier gobierno. Los artesanos, que fueran inteligentes, podían, mediante la "instrucción científica en el oficio" ofrecer productos que compitieran con los extranjeros con la ventaja de que no pagaría altos costos de transporte. (7).

A Medellín, a las localidades foco y a las cabeceras de las

localidades, llegaban para quedarse todo tipo de gentes, entre ellos campesinos que ya no tenían acceso a la tierra. Muchos se creyeron afortunados por trabajar como celadores en una fábrica, como sirvientes en la casa de cualquier acomodado comerciante o como albañiles. Vincularse a los talleres artesanales era menos fácil porque estos preferían en primer lugar a los miembros de sus familias y a aquellos que si acreditaran tener experiencia. Claro que algunos artesanos, en especial sastres, dieron clases prácticas pero estas no eran gratuitas.

Los artesanos fueron sólo una parte, bastante ignorada por cierto, en este caso de una particular sociedad, la antioqueña, donde la actividad agrícola primaba por sobre las otras, por ser esta la fuente que garantizaba la subsistencia del común de las gentes. Unos y otros, artesanos y agricultores, idealizaron en el imaginario colectivo el trabajo independiente que exigía ciertas habilidades. El mazamorreo su símil por sus características de trabajo independiente, terminó asociándose más a la buena suerte restándole significación a su calidad de trabajo constante, al manejo de cierta técnica o al perfeccionamiento de alguna habilidad.

En los censos del siglo XIX se aprecia la diversidad de oficios dentro de los nucleos familiares. Tal vez porque la tierra no alcanzaba a ocuparlos a todos o porque los

distintos miembros no se sentían atraídos por las labores del campo, algunos optaron por aprender un oficio artesanal. En el caso de las mujeres es especialmente notorio. En una misma familia unas hacían los quehaceres domésticos, otras se definían como costureras y otras incursionaron en algún oficio. Es como si en el siglo XIX se quebrara una cierta tradición campesina y empezara a ganar fuerza la preparación en otros oficios, por lo que muchos brazos no volvieron a la tierra.

Los artesanos de este trabajo son también los pertenecientes a los sectores medios y bajos de la región en las posteriores décadas de la centuria pasada. No fueron los fundadores de las primeras industrias que nacieron en el remate del siglo. Estas vieron su primera luz gracias al capital de algunos "negociantes" que le invirtieron a todo lo que proyectara jugosas ganancias. El pequeño taller no tuvo continuidad en la fábrica en la medida en que no fueron producto de mejoras de los pequeños talleres. Tal es el caso de los telares de Indalecio Uribe que sólo fueron un intento aislado y sin prolongación en el sistema semi-fabril y mucho menos estuvo relacionado con el nacimiento de las grandes textileras de comienzos del siglo XX. Así mismo, las fábricas de calzado fueron otras inversiones de la élite medellinense; igual sucedió con algunos talleres de fundición.

NOTAS:

- (1). Weber, Max "Desarrollo y Sociedad". Fondo de Cultura Económico de Mexico 1974 p.102
- (2). Uribe Uribe, Rafael "Diccionario de Galicismos, Provincianismos y correcciones del lenguaje". Ed. Imp. del Depto, Medellín 1887 p.2
- (3). Leroi-Gourhan, André. El Gesto y la palabra" Edita Universidad Central de Venezuela 1971 p.170-171.
- (4). Uribe, Maria Teresa y Alvarez, Jesus Maria "Poderes y Regiones: problemas en la constitución de la nación colombiana 1810-1850 ed. U. de A. 1987 p.22
- (5). Pimienta, Luz Eugenia "Mestizaje y Sociedad en Antioquia" Tesis U. de A. 1985. p.269
- (6). Robledo, Emilio "Bosquejo Biográfico del señor Oidor Mon y Velarde" Ed. Banco de la República Bogotá 1954 Tomo II. p.108 a 112.
- (7). Mensaje del Presidente del Estado S. de Antioquia a la Legislatura en sus sesiones ordinarias. Imprenta del Estado, Medellín 1869 p.15

I. BALANCE HISTORIOGRAFICO

El tema de los artesanos en la producción historiográfica sobre Antioquia no ha sido suficientemente tratado. No obstante, de diversas crónicas, estudios socio-económicos, históricos, reseñas, lo mismo que de la prensa y algunos documentos de archivo pudimos obtener un acervo valioso de información, al tiempo que percibimos un acercamiento desde singulares puntos de vista en concordancia con la imagen que del artesanado tenía cada fuente.

Entre los pocos historiadores que se han hecho una pregunta por el sector artesanal y manufacturero en nuestro medio está Roger Brew. Su trabajo "El desarrollo económico de Antioquia desde la Independencia hasta 1920", fue editado por el Banco de la República en 1977(1). Sienta las bases para posteriores preguntas en lo que tiene que ver con recursos humanos, empresas acometidas, agricultura, ganadería, minería y manufactura. Con respecto a esta última comenta él que hasta fines del siglo pasado, o sea cuando el eje de la economía apenas dejaba de ser la minería y pasaba a ser el café, se dió la tendencia a importar en Antioquia los objetos manufacturados de otras provincias e incluso del viejo continente.

No desconoce el autor la existencia de artesanos en las

localidades, pero éstos atendían una demanda local inmediata. Sólo en el caso del tejido de sombreros de palma de iraca en Santa Fe de Antioquia, Sopetrán y Aguadas, se confirma un interés por trascender las esferas del mercado regional(2). Otro ejemplo que destaca es el de Indalecio Uribe quien inventó una carda y montó varios telares en distintos municipios, con el interés de brindarle a Antioquia las telas que por tradición se traían de otras provincias e incluso del viejo continente. También se refiere el autor a otros tantos talleres artesanales pero su número según él no fue muy significativo, salvo los que se ubicaron en Medellín y respondieron a la demanda de objetos manufacturados en la segunda mitad del siglo XIX (3).

El impulso inicial, según Brew, lo dio el boom cafetero que generó los excedentes necesarios para aumentar la capacidad de consumo de la población y estimuló la producción. Con el tiempo la iniciativa productora se centralizó en Medellín. El sector artesanal es pasado en el texto rápidamente como si fuera una fase que luego supera la manufactura y a esta la gran industria (4). En este sentido, lo observado para el territorio antioqueño es que es muy relativa esa segmentación escalonada que establece una linea de continuidad cuyo comienzo es la etapa artesanal para dar paso a la manufactura. Se da mas bien la confluencia de ambos sectores; para la nuevas fábricas fue precisa la

inversión de capital ajeno a la actividad con permanencia de los talleres artesanales tradicionales; es así como debe entenderse el surgimiento de las fábricas de licores destilados, gaseosas, chocolates, cigarrillos, vidrio y textiles.

Otro libro de consulta obligada en el tema de los artesanos es el de Lisandro Ochoa "Cosas viejas de la Villa de la Candelaria", editado por primera vez en 1948 y por segunda ocasión en 1984(5). Fue esta última edición la que se utilizó para el trabajo.

Es este libro una fotografía del Medellín de finales de siglo, de ese pueblo grande con un elevado número de locales de todo tipo; es a la vez una fuente valiosísima, sin pretensiones de ser historia. Para el tema que aborda esta investigación se encuentra reseñado allí hasta el ambiente en que se movían los zapateros, talabarteros, carpinteros y sastres. Ochoa, al igual que Luis Latorre Mendoza en "Historia e historias de Medellín", conocimos el punto que marca la diferencia entre "Artesano fino" y los "Talleres de poca monta"(6). Aclaró que los primeros se constituyeron en una élite dentro del respectivo gremio, mientras que los últimos a duras penas vivían del oficio.

En Lisandro Ochoa está presente todo el tiempo la idea de los oficios que se heredan de generación en generación, pero

también la de progreso, que animó a muchos y que los llevó a privilegiar la educación de sus hijos en un momento en que esta proporcionaba ascenso social. Por eso no se extraña el lector al saber que Alejandro López (7) tiene sus ancestros entre los sastres de la ciudad, o que los Vieco de antaño eran ebanistas(8), por citar sólo un par de ejemplos.

En un sentido similar al anterior, aunque detenido con especial interés en las guerras del siglo pasado, apunta el libro de Luis Latorre Mendoza "Historia e historias de Medellín"(9), editado por los talleres de la Imprenta Departamental en 1934. No tiene como Ochoa el mismo interés por los talleres artesanales, pero en él los encontramos cuando habla del pueblo o de extranjeros benéficos. De los primeros hace un listado corto, con seguridad los más nombrados, y de los últimos hace una serie de cortas biografías entre las que se destaca la de Enrique Haeusler, carpintero y mecánico, primer director de la Escuela de Artes y Oficios y a quien cariñosamente se le llamaba Mister Aila(10). Otro extranjero mencionado por él fue el también carpintero Harris, profesor de los primeros y tal vez más famosos ebanistas de la ciudad(11). También se refiere a los mecánicos que vinieron a prestar sus servicios para el montaje de molinos en las minas de oro como Carlos S. de Greiff, Tyrel Moore, los Hermanos White, don Pablo de Beaout, Carlos Greiffenstein, etc.

El libro "Historia del teatro de Medellín y vejez" de Claudio Góñima es otra fuente de consulta obligada no por el teatro sino por las "vejez" que se remontan desde 1830 y llegan hasta los años de dominio de Mosquera en la década del 60. La edición consultada fue la que finalmente sacó a circulación la Secretaría De Educación y Cultura en 1973(12).

Entre vejez van desfilando algunos personajes como Luis Piatín, grabador y platero, padre de Natalio, con su pobreza y el humor que a juego limpio trataba de hacerla menos pesada (13); algunos sastres para "la crema" como Juancho Rojas o "para el común de los fieles como los maestros Dávila (a. Curita) y Gómez (Carpintero) y Domingo Rico (14); pero lo que mas muestra con lujo de detalles es la forma de vestir de las gentes y la manera como organizaban la casa y los muebles que usaban. Los artesanos en su mira son una clase muy sencilla y aseada por cierto, que se identifica a si misma como tal, conciente del rechazo de un amplio sector de los mas adinerados(15).

En los bailes, dice, hechos en Guanteros, "no admitían a su sociedad a jóvenes de alta clase porque decían y con razón a nuestro entender, que si ellos no eran admitidos en sus salones, tampoco los cachacos tenían derecho a estar en los suyos (16).

Con la intención de recoger información sobre los talleres

artesanales se indagó en libros y publicaciones que tuvieran abundante propaganda comercial; uno de ellos fue el llamado "Medellín: República de Colombia" publicado por Propaganda Comercial The Scilling Pres, Inc de New York en 1923(17). Allí se habla de las fábricas de calzado, de tejidos, las modisterías, sastrerías, talabarterías y talleres de mecánica que funcionaban en Medellín en la fecha de publicación del libro. Cada local que se menciona aparece con el año de fundación, su propietario y dirección, teléfono y especialidad. Además hay bastante propaganda comercial, incluidas algunas fotografías.

Otro libro que se refiere al estado de la industria y la artesanía de Medellín en 1923 es el llamado "Exposición de Antioquia 1923 Industrial y agropecuaria, publicado en edición sé lujo por la Topografía Bedout de Medellín en 1924(18). El tema central del libro, como su nombre lo indica, es la Exposición de 1923 y está dividido según los sectores premiados en el certámen: la sección industrial, la de medicamentos, perfumería y abonos, la de industrias fabriles, la de manufacturas industriales, donde aparecen algunos talleres artesanales como ebanisterías, los encargados de la confección de vestidos, los de curtiembre y manipulación del cuero, etc.; luego se detalla el ramo de industrias metalúrgicas en donde se ubicaron los cerrajeros, herreros y fundidores junto con los ingenieros del ramo metaimecánico. Por último, se destacan las secciones



pecuaria, agrícola y una especial donde se ubicaron los que no cabían en las otras divisiones.

En el ramo específico de las manufacturas industriales además de que se hace un reconocimiento a los expositores y ganadores, se hace una reflexión que da cuenta del atraso del sector o de sus progresos y se dan recomendaciones para ser tenidas en cuenta en un futuro inmediato.. En este libro, como en el de 1923 hay considerable propaganda comercial que fue tenida en cuenta en este trabajo.

El libro Medellín en 1932 (19), es casi una actualización a la fecha del editado en 1923 con el mismo nombre. Este libro presenta una serie ordenada de los miembros de la industria Nacional Colombiana con cortas monografías de cada una de ellas. Allí se mencionan los propietarios, la conformación de la firma, los productos que elaboran y sus mercados.

En "Medellín 1923" y "Medellín 1932" hay al final un Directorio clasificado por sectores ya sea el comercio, la industria o determinado sector artesanal; también aparecen las mas importantes oficinas gubernamentales y algunas iniciativas de carácter privado que han hecho grande el nombre de Antioquia como la explotación minera, el café, etc. Por supuesto que la presencia de talleres es mínima, pero al igual que en las industrias hay bastante propaganda

de distintas sastrerías, zapaterías, talabarterías, modisterías, etc. En uno y otro libro los anunciantes destacan los premios obtenidos en las exposiciones industriales, se refieren a su competitividad con el producto extranjero y para ello hablan del material que emplean, muchas veces importado, los estilos modernos, los bajos precios, y, por último, recurren al espíritu patriótico de las gentes que consumen productos nacionales.

1.2. OTRAS FUENTES:

Fueron consultados, además, periódicos tanto oficiales como particulares, especialmente de la segunda mitad del siglo XIX, periodo que mas interesaba pormenorizar en este trabajo. La lista de los mismos aparece al final, luego de la bibliografía. En ellos se obtuvo información sobre talleres artesanales, en especial los de la categoría de "artesanos finos", que eran los que acudían a la prensa para ofrecer sus servicios. También sirvió esta fuente para rastrear alguna reglamentación sobre los artesanos, contrataciones con el sector oficial y posibilitó un mayor seguimiento de instituciones como la Escuela de Artes y Oficios o los Talleres de San Vicente, lo mismo que de eventos considerados como importantes en su momento como las Exposiciones Industriales o los adelantos de Indalecio Uribe en los telares.

Se investigaron también algunos fondos del Archivo Histórico de Antioquia. Con especial interés se miraron los fondos de Censos y Estadísticas. Fueron estos los que permitieron concluir que los artesanos se ubicaban de preferencia en las cabeceras de las localidades, constante que viene desde el período colonial, y que en cada taller la relación maestro-aprendiz estaba mediada en una gran cantidad de ocasiones por lazos de parentesco. Otros fondos que arrojaron alguna información fueron el de Gobierno Municipios y el de Gobierno Ramos. Por ejemplo los registros sobre salidas de productos al exterior son una fuente importante de consulta, porque se habla ya de producción para ese mercado fueran o no excedentes. Para el caso una sola referencia basta para dar cuenta de esta situación. En 1877 por el Ferrocarril de Antioquia se exportaron dos bultos de sombreros de palma de iraca, 2698 de cueros y 270 de café (20).

Se tuvieron también en cuenta los censos de 1864, 1912 y 1930, todos publicados, no en forma tan detallada como los consultados en el A.H.A.. Estos censos fueron la fuente básica con que se armó el capítulo sobre los oficios en Antioquia.

NOTAS:

- (1). Brew, Roger "Desarrollo Económico de Antioquia desde La Independencia hasta 1920" Ed. Banco de la República 1978. 445p.
- (2). Ibid p. 330.
- (3). Ibid p. 335.
- (4). Dice Brew "...debe conocerse una linea de continuidad entre la manufactura artesanal, la organización "Semi fabril" y finalmente el establecimiento de la fábrica moderna este proceso debe tenerse especialmente en cuenta cuando se estudia el desarrollo de la técnica y el empleo de la maquinaria". Ibid p.328.
- (5). Ochoa, Lisandro, "Cosas viejas de la Villa de la Villa de la Candelaria". Colección Autores Antioqueños Departamento de Antioquia, vol. 8 Medellín 1984 390 p.
- (6). Ibid p.164
- (7). El abuelo de Alejandro López, José María López anuncia por ejemplo que pronto publicará en la prensa los nombres de sus deudores morosos. Boletín Industrial Medellín Noviembre 14 de 1878 # 549 p.1653.
- (8). Latorre Mendoza, Luis. "Historia e Historias de Medellín". Imprenta Departamental 1934. p332-333.
- (9). Ibid. p.333
- (10). Ibid. p. 305.

- (11). Ibid. p.
- (12). Góñima, Eladio. "Historia del teatro en Medellín y vejeces". Ed. Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia. Medellín 1973. 303p.
- (13). Ibid. p.180.
- (14). Ibid. p.117.
- (15). Ibid. p.110.
- (16). Ibid. p.110.
- (17). Botero, Arturo (Dir) "Medellín: República de Colombia". Ed. the Sheilling Pres. Inc. New York 1923. 271p.
- (18). "Exposición de Antioquia 1923 Industrial y Agropecuaria". Ed. Tip. Bedout Med. 1924.
- (19). Medellín 1932. Ed. Imprenta Editorial Librería Pérez Medellín. 328p.
- (20). A.H.A. Gobierno Ramos T.5103 fol.519.

LOS OFICIOS EN ANTIOQUIA

Si bien el título de este capítulo es bastante amplio, su objetivo es nacer una comparación entre los distintos frentes de producción en Antioquia para el periodo tratado. En definitiva, se busca establecer el lugar de la producción artesanal con respecto a los otros sectores, en este caso desde un punto de vista cuantitativo, teniendo en cuenta algunos referentes culturales.

UNA MIRADA A LA EVOLUCION DE LOS OFICIOS ENTRE 1864 y 1938.

En este aparte se pretende hacer un análisis de los oficios en Antioquia, utilizando como fuente principal los censos de población del periodo: 1864, 1912 y 1938 (Ver Anexos). Para ello se destacan los tres sectores básicos de la producción: el primario, que comprende la agricultura, la ganadería, la pesca y la minería, el secundario que abarca el trabajo artesanal, manufacturero y fabril, y finalmente el terciario es decir, el comercio, los servicios, las artes liberales y los sirvientes. Los índices obtenidos expresan la capa de Población económicamente activa ocupada en cada sector.

Para una mejor comprensión del trabajo se ha dividido el

territorio en subregiones teniendo en cuenta especialmente el referente geográfico y las redes de comunicación entre localidades. Hay siete subregiones básicas de las cuales se destacan las siguientes poblaciones:

Centro: Copacabana, Envigado, Itagüí, La Estrella, Medellín.

Nordeste: Puerto Berrio, Remedios, San Roque, Segovia.

Yolombó

Norte: Amalfi, Cáceres, Entrerrioss. San Pedro, Santa Rosa, Yarumal.

Sur: Abejorral, Aguadas, Manizales y Sonsón.

Occidente: Antioquia, Cañasgordas, Dabeiba, Frontino, San Jerónimo, Sopetrán y Urrao

Oriente: Carmen, La Ceja, Concepción, Granada, Guarne, La Unión, Marinilla, Retiro, Rionegro y Santuario.

Suroeste: Andes, Bolívar, Caramanta, Fredonia, Jardín y Jericó

De cada una de estas subregiones hay una o dos localidades, que para el análisis se denominaron "Localidades foco", por su papel como centros productores y distribuidores de bienes y servicios, es decir, como centros cohesionadores de una dinámica socio-económica. Es el caso de Sonsón y Abejorral al sur, Antioquia y Sopetrán al occidente, Rionegro al oriente, Jericó y Fredonia al suroeste y Yarumal al norte.

Los antecedentes señalados en cuanto al desarrollo económico

en la historiografía sobre Antioquia son: en primera instancia la minería para su progreso económico; luego se destaca el comercio como una fuente importante de ingresos para algunos desde el siglo XVIII; y por último el esquema explicativo es completado con las avanzadas colonizadoras de la segunda mitad del siglo XIX, la pequeña propiedad agrícola, el auge de la economía cafetera en las postrimerías de aquella centuria y el predominio económico de Medellín en la región.

Pero tan apretada relación no serviría para ilustrar en forma global su economía y las relaciones que la rigen. Son puntos de partida que generan nuevas preguntas, por ejemplo, sobre la participación real de la población en cada uno de los frentes económicos, en las postrimerías del siglo XIX y comienzos de XX, interrogante que sirve de punto de partida a este capítulo.

Se parte de un lugar común, la existencia de una economía de pocos excedentes para el mercadeo con predominio de la agricultura en la primera mitad del siglo XIX. Incluso, la que se consideraba producción industrial estaba muy cercana al sector agrícola. Por ejemplo, en 1846 se le pide a cada localidad del cantón de Medellín que rinda un informe sobre su producción industrial, agrícola, ganadera y minera. Los productos por los que se preguntaba en los cuestionarios en el ramo de industrias eran: azúcar, cera de abejas, ace-

laurel, cochinilla, miel o melasa, panela, queso, madera, sebo, palos de tinte, bálsamos, esencias y perlas. Todos ellos procedentes del campo y con un poco de transformación. Los distritos parroquiales dieron cuenta sólo de la producción de azúcar, panela, sebo, queso, madera y miel. Apenas en Medellín y Envigado se reportaron un poco de cera de abejas y de laurel(1)

2.1. ALGUNOS ASPECTOS DEMOGRAFICOS

En 1664 el por entonces Estado Soberano de Antioquia presenta una marcada especialización en el sector primario con predominio de la agricultura. Los servicios y la manufactura eran esferas donde trabajaba un reducido grupo de cada poblado. En consecuencia, los productores de bienes y servicios atendían sólo la demanda del reducido espacio que habitaban y sólo en las localidades foco, especialmente en Medellín, llegaron a conformar un número significativo.

En el sector primario, la minería no requería para su explotación de muchas personas, ni era posible en todas los sitios; los territorios de oriente y centro son el prototipo de aquellos con escasos recursos auríferos explotables. No obstante, es reiterado en los estudios históricos que en el período inicial de ocupación del territorio antioqueño la minería fue la base principal de explotación. Esta condición dejó de ser exclusiva a medida que se agregaban

nuevos territorios no aptos para la explotación minera y bastante útiles como despensa agrícola. Los períodos de declive, es decir, los que se dieron por agotamiento de los lechos auríferos explotados o por la baja rentabilidad, propiciaron un desplazamiento de mano de obra hacia la agricultura hasta que los avances técnicos dieran un nuevo impulso a la actividad. Lo que podríamos llamar la vocación agrícola en Antioquia se consolida en los siglos XVIII y XIX y puede ser observada en los censos de población del periodo.

Sin embargo, existen subregiones y localidades tradicionalmente mineras como el noreste, que incluye a Remédios y Zaragoza, y de otro lado, Frontino y Titiribí, la primera al occidente y la segunda al suroeste. El resto de las poblaciones antioqueñas en el siglo XIX tienen una baja producción minera. Esto aclara algunas generalizaciones en torno a la vocación exclusivamente minera de Antioquia. Sostiene Roger Brew,

"El atractivo que ejerció la minería para los antioqueños explica en gran parte que éstos no hayan desarrollado las industrias artesanales como sucedió en los Santanderes, donde estas actividades absorvieron parte de las energías de la población agrícola". (2).

Esta deducción, sin duda, operó hasta comienzos del siglo

XIX en lo tocante a las manufacturas. En adelante, hubo una preocupación constante por ampliar la frontera agrícola, motivo por el que se inició el proceso colonizador desde antes de mediados de siglo, un importante caudal de gentes encontró ocupación en diversos oficios.

Igualmente se buscó mejorar el deteriorado sistema vial con la idea de ganar nuevos mercados para los productos agrícolas. Se da un lento paso de una economía rural de autosubsistencia y de costosas importaciones en la primera mitad de siglo, a una economía donde se produce para el mercado ya sea local, subregional, regional y/o nacional.

No obstante, los volúmenes de producción no eran iguales en todos los distritos y aunque había productos básicos o de "pan coger" que no faltaban en ninguna localidad, hubo otros que requirieron la especialización en su producción y generaron excedentes para la exportación. Es el caso del cuero, a finales de siglo, del café, del fique en Guarne y de la fibra de iraca y la fabricación de sombreros en Antioquia, Sopetrán y Aguadas por citar algunos ejemplos.

En el primer año que nos ocupa (1864), el Estado soberano de Antioquia está en plena expansión y su crecimiento demográfico es absorbido por las poblaciones recién fundadas. El hacha y el machete le sirvieron a Efe Gómez para ilustrar este proceso en que se arrasan los bosques

naturales especialmente en las tierras de vertiente y luego se adecúan estas mismas para el cultivo:

"Subiera yo esa tarde con el pretexto de ver como la Santa Elena se ensayaba en su nuevo estado de torrente -de riachuelo que fue- derribando puentes y voleando muros, mientras los buenos vecinos se asomaban asustados, preguntándose qué sería aquello, sin sospechar que el 'hacha que sus abuelos les dejaron por herencia', convirtiendo las enantes espléndidas cordilleras en yermos propios sólo para criar chivos, tenía la culpa de todo. El hacha del antioqueño y el casco del caballo de Atila serán en adelante, en la historia, los símbolos definitivos de la desolación; con la sola diferencia de que Atila asolaba para saquear, y los antioqueños para sembrar maíz. Y saquear ha continuado siendo un magnífico negocio, en tanto que sembrar maíz no ha dado nunca los gastos". (3).

La colonización del suroeste se hacía a toda marcha pasada apenas la tercera década del siglo XIX y la del sur con punto de partida en Abejorral, estaba dando como fruto las poblaciones de Aguadas, Pacora, Salamina, Neira, Manizales y Aranzazu.

Medellín tiene ese año cerca de 21000 habitantes y sólo 15 poblaciones (entre las 80 que tiene el Estado) superan el tope de los 5000 habitantes. Estas eran:

LOCALIDAD	# DE HABITANTES
AL NORTE	
Amalfi	5914
Santa Rosa	6526
Yarumal	5522
AL ORIENTE	
El Retiro	5000
Rionegro	8011
AL SUROESTE	
Andes	5275,
Fredonia	6224
Jericó	6993
AL SUR	
Abejorral	7223
Aguadas	6901
Manizales	9546
Neira	6166
Salamina	7415
Sonson	9835

(ver anexos)

La gran mayoría de estas localidades corresponde a zonas de reciente colonización (Sur y suroeste), no dedicadas a la minería, o son antiguas localidades foco de su respectiva subregión. El gran crecimiento de la provincia del sur salta a la vista, pues sólo dos de sus localidades, Aranzazu y Pácora estaban un poco por debajo de 4000

nabitantes.

2.2. MINEROS, CAMPESINOS, SIRVIENTES Y ARTESANOS.

Si bien el número de mineros en la segunda mitad del siglo XIX es bajo (En todo el departamento, en 1864 se contabilizaron sólo 9422 mineros mientras que los agricultores sumaban 90174), su labor ejerció cierta fascinación sobre algunos autores que plasmaron en sus páginas todo el brillo del metal, las bregas del oficio y la idiosincrasia de dichas gentes. La literatura nos muestra como sobrevivían las localidades mineras y en especial el carácter de sus habitantes. Se destaca, entre otras cosas, la cateda de madera que tras precisos movimientos guardaba en su escaso fondo las pepas del preciado metal. Hombres y mujeres a medio vestir o con sus ropas remangadas se concundían en el agua en pleno fulgor de su actividad. Otros más arriesgados se volvían zambullidores o aprovechaban los "organales" que según ellos contenían el oro represado. Efe Gómez en "Mi gente" relata un accidente en los organales (4). Carrasquilla por su parte comenta: "Desde los tiempos coloniales se han perseguido en Antioquia estas minerías de la sabia Naturaleza. Abrir hoyos debajo de estas piedras para trabajar en ellas no es labor de haraganes. Los animales que se fabrican sus madrigueras no alcanzan a tanto: hay que imitar las astucias del agua.

De esos agujeros le viene a estos labores el nombre de organales... lo cierto es que en Antioquia llaman organales a los varios agujeros, más o menos juntos, más o menos verticales, que abre el agua en ciertos terrenos, lo mismo que en las madrigueras que socavan algunos bichos de caza..." (5).

Estos pobladores también han sido descritos desde su componente étnico y su comportamiento social. Negros, mulatos y todo tipo de mestizos eran buenos trabajadores en el pleno sentido de la palabra. Con sombrero de palma y pantalón acremangado, los hombres se internaban en los socavones, mientras las mujeres, afuera, trabajaban con la batca. Luego viene el derroche si las condiciones lo permiten, y las negras con sus vestidos de colores encendidos, medias de seda, cualquier collar de vidrios de variadas tonalidades se dirigen alegres al sitio de la parranda. Los hombres compran su vestido en el mismo almacén miscelánico donde sus mujeres hicieron sus compras y será el mismo sitio a donde finalmente unos y otros vuelven a empeñar sus prendas o a fiar el mercado.

2.2.1. CAMPESINOS Y ARTESANOS

De otro lado, el campesino que recuperó para su familia las laderas de la montaña es un individuo diferente, más apegado

que cualquier otro a la tradición cristiana y para quien su pequeña parcela representaba un muypreciado tesoro; es precisamente este conglomerado humano el que en 1864 constituía la mayoría de la población antioqueña (90174 agricultores había en todo el Depto).

Una autosubsistencia agrícola, antes de la economía cafetera, caracterizó a la mayoría de nuestros pueblos máxime cuando casi todos contaban con varios pisos térmicos. Esta diversidad de climas fue también decisiva en el perfil económico de las localidades, muy especialmente por la variedad de ocupaciones de sus habitantes. Los censos de población dan cuenta del gran número de oficios en que se ocupaba la gente y la tendencia a heredar el oficio de los llamados cabeza de familia, toda vez que los nuevos brazos resultaban ser un beneficio y no una carga. En Aguadas, localidad con 228 artesanos en 1851, es frecuente encontrarse con familias cuyos miembros son todos artesanos. Cosme Quintero, sombrerero casado con Telma Serna tiene a sus cinco hijos mayores trabajando en su mismo oficio mientras que los tres menores aún son muy chicos para trabajar (6).

Es en las grandes localidades, en este caso en Medellín, donde se aprecia que puede haber una mayor variación en los oficios de los integrantes de las unidades familiares.

Un agricultor, un jornalero y un sirviente pueden ser hermanos; lo que les da el carácter de tales no depende solamente de los vínculos con su parentela; operan del mismo modo los lazos por fuera de ella y que pueden ser desde amistades de barrio, antiguos compañeros de escuela y hasta simpatizantes de una causa política común.

El censo de población de Medellín de 1859 ejemplifica este tipo de relaciones. Por ejemplo, la parentela de apellido Vélez se registraba de la siguiente manera.

NOMBRE	E. CIVIL	EDAD	OFICIO
Martín Vélez	Casado	36	Empleado
Visitación Vélez	Casada	28	Admon. Doméstica
Zoraida Vélez	Soltera	28	Sirviente
Pastor Vélez	Casado	25	Artesano
Mercedes Gómez	Casada	19	Admón. Doméstica
Jacobo Vélez		1	
Susana Vélez		4	
(7).			

Como este caso se pueden apreciar otros. Por ejemplo que el cabeza de familia sea comerciante y el esposo de una niña sea artesano al mismo tiempo que otros hijos sean estudiantes o trabajen en el mismo taller artesanal del tío o del cuñado. También se observan unidades familiares con agregados desempeñando oficios que no alcanzan a realizar sus miembros. Es cuando salen a relucir los sirvientes,

muchas veces hijos de antiguos esclavos.

Lo evidente aquí es que la variación en los oficios está relacionada no sólo con la transmisión de generación en generación, sino también con las oportunidades económicas que brinda el medio y la inserción de la población en los mismos. En este contexto, los oficios artesanales tienen una estrecha relación con la actividad urbana por ser ese el espacio convertido en centro, donde las gentes van a proveerse de los artículos que necesitan y a resolver diversos asuntos.

La marcada especialización en la producción agrícola en todos los distritos antioqueños de finales del siglo XIX se corona en las cifras de estos censos. En 1864 el 56% de la población económicamente activa (p.e.a.) antioqueña se ocupa en el sector primario, el 3.5% labora en talleres artesanales y el 9% se dedica a prestar servicios. El resto no mencionado acá son mujeres en edad de trabajar pero que el censo llama en forma genérica de "Administración Doméstica" no permitiendo entonces rastrearlas en sus actividades alternas como el mazamorreo, la costura y los pequeños talleres caseros que muchas de ellas montaron para la preparación de dulces y otras cosas.

El índice mencionado para el sector primario no es una base fija para todas las subregiones. Los dos casos extremos son

el noreste y el centro; en el primero, el 63% de su población económicamente activa trabaja en el sector primario y es la minería de Remedios y Zaragoza la que hace disparar este ítem en medio de una población escasa. En el centro, en cambio, sólo el 36% de su p.e.a. se registra en el sector primario, y éste predominan las labores del campo. Medellín y Copacabana registran los más bajos índices de trabajo agrario en la subregión y no alcanzan a ocupar ni siquiera a la tercera parte de sus pobladores. Itagüí, en cambio tiene en el sector agrario a las 2/3 partes de sus habitantes.

Habrá que esperar a las primeras décadas de este siglo para que comenzaran a fundarse las primeras industrias en las localidades cercanas a Medellín y que esto redujera los índices de ocupación en la agricultura. Por todas partes se hablaba del atraso y de la necesidad de lograr una mayor tecnificación. El orgullo de Antioquia seguía siendo su actividad minera. Poco a poco en la segunda mitad del siglo XIX se fueron consolidando las bases de un desarrollo técnico centralizado en Medellín. Ya el índice tan bajo en su actividad agrícola con respecto a las otras localidades da cuenta de esta situación. Sin duda, el carácter de Medellín como centro político-administrativo y la concentración aquí de servicios como la salud, el comercio y la educación ocupaban un importante contingente de sus pobladores.

Pero mirar los casos extremos de 1864 no ilustra lo que en términos generales ocurre. Ya se sabe que el centro y el noreste tienen comportamientos muy particulares. En el punto medio están las otras subregiones: norte, occidente, oriente, sur y suroeste de marcada especialización agrícola. Aún así la subregión geográfica no determina líneas únicas de ocupación. Es así como conservan su actividad minera localidades como Santa Rosa, Zea y Amalfi en el norte. Los otros distritos del estado, si bien en su gran mayoría cuentan con mineros que ejercen su oficio aprovechando los lechos auríferos, no representan un número muy significativo.

En 1864 no en todas las localidades del Estado Soberano de Antioquia se encuentran mineros; esto tiene que ver con factores como la carencia de lechos auríferos que justifiquen su explotación. No hay en:

Centro: La Estrella, Itagüí, y San Cristóbal

Occidente: Heliconia, Liborina y San Jerónimo

Oriente: El Carmen, La Ceja, Cocorná, Marinilla Santa Bárbara y Santuario

Sur: Aranzazu, Neira, Pácora, Salamina

Suroeste: Concordia, Támesis y Valparaíso.

Estas dos últimas subregiones, fruto de una actividad colonizadora reciente y que ya trascendía los límites del

Estado, tenían su punta de lanza en la actividad agrícola. Un registro porcentual de los sectores corrobora lo hasta ahora señalado. En 1864 se aprecian los siguientes índices de población económicamente activa ocupada en los distintos sectores:

P.E.A.	SECTOR PRIMARIO	MANUFACTURERO	SERVICIOS
	%	%	%
Centro	36.2	5.7	12.1
Nordeste	63.1	4.7	11.2
Norte	51.1	3.5	9.9
Occidente	48.9	5.2	9.2
Oriente	45.4	2.3	6.5
Sur	48.1	2.2	5.4
Suroeste	46.1	1.5	11.5

Estos índices no nos revelan un comportamiento generalizado; es necesario entonces tener en cuenta ciertas particularidades; por ejemplo, no todas las localidades del norte son estrictamente mineras; antes bien, comparten con la agricultura un lugar común.

En particular sobre esta subregión Manuel Uribe Ángel señala en su Geografía cómo agotados los lechos aluviales y sin los avances técnicos necesarios, se presentó una franca decadencia finalizando el siglo XIX. Las localidades que mejores opciones tenían para sostenerse serían para él las

que combinaran la agricultura con cualquier otro frente económico pero haciendo especial énfasis en el primero(8).

Otro caso es el del occidente, en donde ninguna localidad supera el tope de los 500 mineros. El de mayor número era Belmira con 464. Caso similar ocurre en el resto de las subregiones. Estas cifras absolutas parecen bastante bajas; pero teniendo en cuenta el total de población de cada localidad vemos por ejemplo, que son más los mineros que los agricultores en Cruces, Santa Rosa, y Zea al norte, en Remedios y Zaragoza al nordeste y en Belmira al occidente.

Admitiendo que el margen de error pueda ser alto, el censo de 1864 refleja la situación de los municipios antioqueños. El predominio de actividades en el sector primario y una escasa actividad artesanal y manufacturera. El comercio estará más ligado a Medellín aunque para tal efecto no dejen de tener importancia localidades como Jericó al suroriente, Yarumal y Santa Rosa al norte, Antioquia y Sopetrán al occidente, Rionegro al oriente y Sonsón y Abejorral al sur, todas ellas, centros de mercadeo de los diversos productos y con un poco más de labor artesanal que los distritos aledaños.

En lo relativo al sector manufacturero y artesanal, comparado con la agricultura, tenía una significación baja en Antioquia. Los promedios al igual que en el sector

primario no nos muestran un comportamiento similar para todas las localidades. Aún desde su escaso número el censo permite apreciar lo que ya está implícito en otras fuentes; por ejemplo, que en Aguadas un crecido número de habitantes, lo mismo que en Sucre, Sopetrán y Antioquia, se dedicaban a tejer sombreros. Los artesanos de Medellín estaban en cambio repartidos en diversos oficios como carpintería, platería, sastrería y zapatería, por citar sólo algunos ejemplos.

Las actividades artesanales y manufactureras debían satisfacer básicamente las necesidades de la localidad o de los distritos aledaños. Por la vía del comercio se suplían las otras carencias. De allí la importancia de la arriería a lo largo del siglo XIX, periodo en el cual la red estaba constituida por unos cuantos malos caminos. Manizales, Puerto Berrio y Jericó eran algunos de los más importantes puntos de partida y llegada de las recuas de mulas. La significación que alcanzó Manizales, no sólo por esto, sino también por su gran crecimiento económico, permitió que a comienzos del siglo XX su élite liderara un movimiento separatista de Antioquia y la configuración del departamento de Caldas con capital en dicha ciudad.

Si bien la ola colonizadora llenó de expectativas al pueblo antioqueño, múltiples problemas sin resolver frenaban su desarrollo; uno de ellos era la falta de caminos.

Sin embargo, subsistía, aunque con dificultades la oferta en los mercados locales de los productos europeos. Los productores en general lamentaban la falta de vías de comunicación para la salida de sus productos; mientras que las autoridades lo atribuían a un claro impedimento por la geografía antioqueña. No obstante, los comerciantes se las arreglaron para proveer a las distintas plazas de mercancías europeas, quiteñas, de Santander y de otros lugares; brega que implicaba transitar los pésimos caminos existentes y afrontar pérdidas por asaltos, en especial cuando remontaban el Magdalena. Un informe del Secretario de Gobierno en 1866 comenta que:

"A pesar de haberse mostrado la naturaleza tan pródiga para con nosotros en toda clase de producciones sólo podemos enviar al extranjero aquellas que concentrando grandes valores en pequeños volúmenes, no ocasionan muchos gastos para el transporte. De aquí viene el que aún no podamos dar salida al azúcar, a las maderas de construcción i de ebanistería, a los artículos alimenticios que sobreabundan en nuestro suelo, i a otros varios productos. Sólo nos es posible remitir fuera del país los metales preciosos, los bellos sombreros que se fabrican en Antioquia i Aguadas i alguna otra cosa"(9).

Sin embargo el mismo informe resalta que ya el tabaco, el café y los cueros estaban saliendo hacia el exterior y

estima que pronto lo harán el añil, la vainilla, los bálsamos, resinas plantas medicinales, vegetales de tinte y otros productos. Se evidencia entonces algo que no era nuevo cuando se trataba de comerciar con el exterior: una inclinación por la economía extractiva, siendo el sombrero de palma de iraca el único producto artesanal que se exportaba.

En medio del optimismo general en la segunda mitad del siglo XIX se buscó motivar a la población para que incursionara en otros cultivos. La región de occidente parece ser la que más lo intentó. En 1866 Marceliano Vélez sancionó el decreto No. 285 con el cual se exoneraban del pago de derechos algunos productos de exportación como café, cacao, tabaco, quina, caucho, cueros de res, productos de la industria sacarina y otros(10). Otro intento similar se hizo en 1869 con la ley 135 librando de impuestos municipales y del Estado a las plantaciones de cacao, añil y morera, a la apicultura y a la empresa de La Ferrería.

Este interés por promover la instalación de nuevos cultivos contrasta con la poca significación de los oficios artesanales en el momento. Antes bien, se pensaba en exportar maderas y cueros de res pero no se estimulaba su transformación en objetos manufacturados.

En algunos sitios era tan bajo el número de artesanos en

1864 que por ejemplo en todo el noreste (Nechí, Remedios, San Bartolomé, Yolombó y Zaragoza) había tan sólo 205 artesanos (Ver Anexos). Esto es explicable por la marcada especialización minera de estas localidades, dejando en el comercio la solución a sus problemas de abastecimiento. Sin embargo había localidades con un crecido número de artesanos. Las que superaban el tope de los 200 eran:

LOCALIDAD	# DE ARTESANOS
Centro:	
Medellín	802
La Estrella	515
San Cristóbal	360
NORTE:	
Angostura	257
Yarumai	254
SUR:	
Aguadas	477
OCCIDENTE:	
Antioquia	203
Sopetrán	329
Sucre	846
ORIENTE:	
Rionegro	337

(Ver Anexos).

2.2.2. SERVICIOS

Los servicios eran el segundo renglón de ocupación en Antioquia en 1864. Este índice se ve aumentado especialmente por un elevado número de sirvientes, la gran mayoría mujeres agregadas a las distintas unidades familiares y que podían ser campesinas venidas a la ciudad o al casco urbano de la población, o antiguas esclavas, contratadas en calidad de sirvientas, consideradas casi de la familia y a quienes se les encargaba el cuidado de los hijos menores, la preparación de las comidas y otros menesteres hogareños. Al igual que en el sector primario y en las manufacturas, la P.E.A. del sector servicios varía en todas las localidades. Es así como en la zona centro, en Girardota más exactamente, el número de sirvientes (823) hace que el índice de ocupación en servicios suba a 29%. En Medellín los 1285 sirvientes son un poco más de la mitad de los ocupados en servicios, ítem que abarca el 14.4% de la p.e.a.. Este número resulta muy elevado especialmente si se tiene en cuenta que en este año sólo hay allí 802 artesanos.

El número de sirvientes aumenta especialmente en las grandes localidades de cada subregión, pero este crecimiento hasta 1938 no es proporcional al de su población total y se nota en su lugar un declinamiento con respecto a otros oficios.

En 1864 había en Antioquia 14624 sirvientes (10598 eran mujeres) y en 1936 no excede los 15.000 y casi la mitad de ellos están en Medellín. Las otras subregiones con mayor número de sirvientes en 1938 son el suroeste con 2371, y el norte con 2683.

1912.

El punto medio del período estudiado es el año de 1912, en plena presidencia de Carlos E. Restrepo. La población antioqueña se duplicó en el período 1864-1912, crecimiento que fue más fuerte en la zona centro y en las localidades foco de cada una de las subregiones. Del censo de 1912 se infiere también un declive del sector primario y un aumento desmesurado en algunos casos como Medellín del número de artesanos. De 802 artesanos que hay en esta ciudad en 1864 se pasa a 7680 en 1912. El índice de ocupación en el sector primario rebajó ostensiblemente en este año, hasta llegar al 37%. No obstante es necesario aclarar que el censo tiene una imprecisión en el trabajo minero, pues no lo registra como independiente y a veces es necesario desprenderlo de la casilla de jornaleros o de la de artes y oficios. De todas maneras ya las innovaciones técnicas hacían que cada vez fuera menos necesaria una utilización intensiva de mano de obra en este ramo de la producción.

Del censo de 1912 también se puede inferir el crecimiento del sector manufacturero. Que comprende en este año el 10% de la p.e.a. de todo el departamento.

El aislamiento geográfico que a comienzos del siglo XIX había condicionado la permanencia de los talleres artesanales con un mercado local, fue cediendo lentamente al ritmo que la apertura de caminos traía consigo nuevos mercados y nuevos productos. Pero el sector manufacturero no creció igual en todas las subregiones, especialmente porque no se necesitaban demasiados artesanos y obreros para atender algunas demandas locales. Solo la provincia del centro registró un gran incremento en este sector, en especial por el acelerado crecimiento de su población, unido a un mayor desarrollo urbanístico y porque poco a poco se fue convirtiendo en el gran mercado de Antioquia.

2.4. CAMBIOS

El crecimiento de sector manufacturero del centro se dió en todos los niveles que permitieran los avances tecnológicos, la importación de maquinaria y la demanda de los productos. En el resto de Antioquia hubo localidades en que se dió una especialización, si pudiera así llamarse, en distintos frentes. Es así como Jericó, Rionegro y Envigado conservan, aún hoy la tradición del trabajo del cuero; la ciudad de Santa Fé de Antioquia, Sopetrán y Aguadas (aunque esta última ya no pertenezca a Antioquia) fueron los principales centros de fabricación de sombreros de fibra de iraca; y Guarne cuenta todavía con tejedores de fique así los campesinos de sus predios no lo cultiven y sea necesario traerlo de otras partes.

Otro aspecto que influyó bastante en materia económica durante el período 1864-1938 fue el mejoramiento de las redes viales y la construcción del ferrocarril. Algunos municipios no lograron insertarse en esa nueva dinámica y se quedaron a la zaga de los demás. Construido el ferrocarril se facilitó el transporte de mercancías; el crecimiento poblacional ligado a su construcción permitió que localidades como Puerto Berrio y Cisneros pudieran contar con un sector manufacturero propio.

La minería, que por mucho tiempo se sostuvo con el trabajo de los mazamorreros, ahora, mediante adelantos técnicos como las dragas y una mayor inversión de empresarios capitalistas para la minería de veta, plantea un nuevo tipo de relaciones alrededor de ella. Es así como de las 13833 personas ocupadas en la minería en 1938, tan sólo 2607 eran propietarios, dueños o gerentes, mientras que 10541 son peones y obreros. El mazamorreo no se extingue pero compite en forma muy desigual con las dragas y los sistemas de aprovechamiento de las vetas. No se acaba porque éste puede ser una actividad alterna de un agricultor o de una mujer. Además las compañías mineras a comienzos de siglo ofrecieron sueldos altos a los trabajadores para motivarlos a vincularse especialmente por los climas mal sanos.

Entre 1912 y 1938 hay una gran variación en los índices de ocupación. La población que labora en el sector fabril se concentra en Medellín y en las localidades aledañas; mientras que en las otras no crece al mismo ritmo.

Este crecimiento de Medellín en el siglo XX no debe ser entendido como un mero aumento de los talleres artesanales o sólo como consecuencia del crecimiento de la gran industria. Uno y otro componente convergen en esta ciudad y otros municipios del Valle de Aburrá. Además se fortalece la red vial que comunica a cada una de las localidades con la capital y se presenta una migración constante hacia ella.

Los mas notorios crecimientos en materia de manufacturas entre 1912 y 1938 los presentan Medellín, Envigado, Itagüí y Rionegro. El siguiente cuadro lo aclara aún mas:

	1912	1938
	ARTES Y OFICIOS	IND. DE TRANSFORM.
Medellín	7880	21747
Envigado	447	1801
Itagüí	219	817
Rionegro	834	1187

(Ver Anexos)

Las otras localidades registran prácticamente un estancamiento de su actividad manufacturera. Las bajas mas sensibles las presentan las localidades foco de cada una de las subregiones; tal es el caso de:

	1912	1938
	ARTES Y OFICIOS	IND. DE TRANSFORMACION
Jericó	780	644
Sonsón	1264	753
Santa Rosa	2088*	463
Yarumal	1419	888
Antioquia	1272	252
Sopetrán	972	300

*De esta total no sabemos cual es el número de mineros.

Muy diversas situaciones fueron las que ocasionaron los cambios en materia socio-económica en Antioquia en el período estudiado. La marcada centralización en Medellín de actividades como la comercialización de ciertos productos, la actividad manufacturera y la concentración de las llamadas profesiones liberales fue relegando al resto de poblaciones antioqueñas al papel de despensa agrícola o de centros mineros con alguna excepción en las localidades foco de cada subregión. No obstante, su número no representa índices muy significativos.

Lo claro es que no hay permanencia en el tiempo de los índices registrados para 1864. En 1938 la relación ha variado: El 42.55% de la p.e.a. se dedica a la agricultura y actividades del sector primario, mientras que el 8.5% se encuentra ubicado en la manufactura y el 8% en los servicios. Si tomáramos como nos presenta el censo la cifra de mujeres de oficios domésticos como parte de la mano de obra que trabaja en el sector primario, obtendríamos, como en primera instancia lo entendimos, una ruralización de los pueblos, pues el porcentaje para todo el departamento subió al 78%. Fue necesario entonces restar el número de mujeres para poder tener un punto de comparación con los censos anteriores. Aún así, en 1938 el campo sigue siendo el sector predominante. La manufactura en Medellín creció tres veces y los servicios permanecieron prácticamente estables.

Medellín se consolida como ciudad industrial; ya en sus fábricas y talleres artesanales trabajan 21747 personas, siendo la tercera parte mujeres. Igualmente, se da el despunte de otros municipios como Itagüí, Bello y Envigado en sectores como los textiles, el calzado, etc.

Sin duda, el progreso de Medellín tuvo como base el deterioro de las condiciones económicas de muchas poblaciones antioqueñas. Relegadas al simple papel de despensa agrícola, las antiguas localidades foco se quedaron atrás en materia de industrialización. Además se traccionaron grandes unidades territoriales en nuevas localidades.

NOTAS:

- (1). A.H.A. Volúmen 2696. Documento 4.
- (2). Brew. Op. Cit. p.51.
- (3). Gómez, Efe. "Retorno" Editorial Tipográfica Bedout Medellín, 1944 p.75.
- (4). Gómez, Efe. "Mi Gente" Editorial Tipográfica Bedout Medellín. 1949 p.24 y Ss.
- (5). Carrasquilla, Tomás "Hace Tiempos" En: Obras Completas. Ed. Nueva Imprenta Madrid 1952 p.764.
- (6). A.H.A. Censos Volúmen 2698 Doc. 6 fol.97v.
- (7). A.H.A. Censos Volúmen 2725.
- (8). Uribe Angel, Manuel. "Geografía General del Estado de Antioquia en Colombia. Ed. Secretaría de Educación y Cultura. Col. Autores Antioqueños. Medellín 1985 p.172 y Ss.
- (9). Informe sobre estadística del Secretario de Gobierno del Estado S. de Antioquia al Secretariado de lo Interior y Relaciones Exteriores del Gobierno de la Unión. 1866 Imprenta de Isidoro Isaza. p.17-18.
- (10). Boletín Oficial, Medellín, Mayo 25 de 1866 No.126 p.999.



3. TEJIDOS Y MANIPULACION DE LAS TELAS

Con este capítulo pretendo aportar algunos elementos que enriquezcan el panorama sobre el desarrollo económico de Antioquia en lo que toca al ramo de tejidos y manipulación de textiles, especialmente porque hasta comienzos del siglo XX las prendas de vestir se hacían en forma artesanal mientras que las telas debían traerse de otros lados.

El tejido no fue una actividad muy difundida y constante en Antioquia hasta comienzos del presente siglo. Si bien la comunidad indígena en el período prehispánico fabricaba sus telas y confeccionaba sus prendas, tras la ocupación del territorio por el hombre ibérico, esta actividad casi desapareció. En la colonia la telas debían traerse de otras partes; en este caso las preferidas fueron las de el Nuevo Reino, Quito y el viejo continente. Los negros, mestizos, indios y clases mas pobres debieron conformarse con usar sólo las traídas del Socorro (Santander), Quito, Pasto, Tunja y Bogotá. Sólo los mas adinerados usaban los textiles de Flandes, ciertas zonas de España e Inglaterra por sus elevados precios.

Sin embargo, las telas eran objeto de comercio continuo. Según sus calidades variaban sus precios. Del libro de cuentas de Gonzalo Ortiz Diente, un vecino de Antioquia, en 1645 se deducen algunos:

1 vara de lienzo de Pasto a	6 tomines
1 vara de jerga	6 tomines
1 vara de crea	6 tomines
1 vara de ruan	1 peso
1 vara de pañete	1½ de oro fino
1 vara de bayeta	1½ peso
1 vara de raja	2 pesos
1 vara de paño azul	3 pesos 2 tomines
1 vara de paño fino	4 pesos

(1).

Los precios con muy pocas variaciones eran los mismos para todos los clientes. Una excepción se hace con Lucas Martínez, negro, pues por una vara de paño fino le cobraron 5 pesos y por 4 de bayeta pago 7 pesos (2).

Los precios de las telas, finalizando el período colonial, aunque tenían diferencias de acuerdo a la procedencia de los mismos (por ejemplo, los del Socorro eran más baratos que los de Quito, y éstos que los ingleses), se fueron abaratando.

Seyún Ann Twinam, por citar sólo algunos ejemplos, en 1785 una vara de lienzo tanto de la Nueva Granada como de Quito costaba 1 y 1/2 tomines; una vara de jerga de Quito costaba tres tomines si era de abrigo y cinco tomines si era más

fina; una vara de crea, traída de España costaba 2 tomines y una vara de ruan bramante, traído también de España costaba tres tomines. Como lo señala la autora, los precios no tan elevados de los textiles europeos en comparación con los de la Nueva Granada, junto con la calidad superior de los primeros, hicieron decaer la demanda por los tejidos del Socorro y con ello su decadencia (3).

Las telas adquiridas en el comercio pasaban luego a las manos de sastres, costureras y no pocas veces a las de las mujeres de la casa. Los sastres con el tiempo iban encontrando más conveniente instalarse en las cabeceras de las localidades aprovechando la confluencia de la población allí en aras de resolver diversos asuntos, ya sea con la administración pública, los oficios religiosos, el mercado de productos agrícolas y manufacturados, la prestación de algunos servicios, etc. Esto no quiere decir que no hubiera sastres en las áreas rurales. En el padrón de la villa de la Candelaria en 1675 se registraron los siguientes sastres: en el sitio de Ana: Ignacio de la Bastida y Juan de Quiroga, mulato; en Guayabal se había instalado Crispín, mestizo, y en la Culata Joseph de Salinas. Las familias sumaban en ese momento apenas 280 con un poco mas de 3000 habitantes (4).

El número de sastres fue creciendo, sin duda por el auge que poco a poco iba viviendo la ciudad. En 1813 estos ya sumaban 23, casi todos mestizos y mulatos y de estos había 2 en

Otrabanda con capital entre \$1000 y \$5000 (5). En localidades más pequeñas sólo se necesitaban unos pocos sastres. En Marinilla, por ejemplo, para esta misma época había un sastre blanco, uno mestizo y uno mulato(6). En Cáceres en 1803 habían solo tres sastres atendiendo en la cabecera (7).

3.1. TEJIDOS

Fueron escasos los intentos en el período colonial por impulsar los tejidos. En 1790 el cura de Envigado, Dr. Don Cristóbal Restrepo, instaló un telar en su casa (8). Sobre la primera mitad del siglo XIX no se cuenta con información que certifique si hubo alguna iniciativa en la materia.

En la segunda mitad del siglo XIX se dieron los primeros intentos significativos por impulsar en el territorio el cultivo del algodón y la instalación de telares y pequeñas fábricas de tejidos. El caso más sonado es el de Indalecio Uribe de Sonsón, carpintero y maquinista, inventor en 1877 de una carda y jefe de un taller en el que se producían especialmente cobijas y tapetes. Las cobijas eran de 2½ varas de largo y de 2 varas de ancho y eran tejidas por un operario en cuatro horas. También llegó a producir ruanas, petates, lienzos y mantas (9).

El método ideado por Uribe no era complicado. Sus trabajadores eran mujeres a quienes les pagaba a destajo y decía que los mecanismos de los aparatos eran tan simples que hasta un niño podía manejarlos. El mismo montó y adecuó telares en Medellín, Hato-viejo, Sonsón, Manizales, Abejorral y Envigado (10). Se proponía hacer lo mismo en otras regiones del país por lo que ofrecía vender el privilegio de invención, fabricar él mismo las máquinas necesarias y enseñar su manejo a los operarios (11).

Aunque en un comienzo utilizó el algodón que crecía en forma silvestre, se preocupó por impulsar el cultivo de éste; para tal efecto regaló semillas a los agricultores, poniéndolas a su disposición en almacenes de la ciudad. En 1878 se encontraban estas semillas en los locales de Juan de Dios Isaza, José María Alvarez y Fortis Mejía, al igual que las corijas producidas en su taller (12).

En una visita realizada al taller del señor Uribe en 1890 por Valeriano Arango se hace el siguiente inventario:

- Hornos con fondos de metal para preparar las tintas.
- Aparatos para cardar lana y algodón.
- Ruecas para hilar.
- Torno para devanar.
- Telares.
- Carretas para las hebras, liso para repartirlas.
- Lanzaderas para formar las mallas.

- Alzaprimas para trabarlas y peine para apretarlas.
- Máquina extranjera para desmotar algodón.

La utilidad diaria calculada para el señor Uribe era de \$4.80 (13).

Al parecer su propuesta de fomentar el cultivo del algodón y de aumentar la cría de ovejas no fue atendida suficientemente por el gobierno y los particulares. Así mismo, su esfuerzo no tuvo continuidad por falta de recursos para una mayor tecnificación; además, comenta Brew que tras el azote de la plaga de langostas se quedó este persistente tejedor sin su materia prima y debió conformarse con fabricar costales y tejidos en fibra de cabuya de los que si había una mayor disponibilidad. (14).

3.2. MANIPULACION DE TELAS

Desde la fase inicial de ocupación del territorio por parte de los españoles, algunos blancos pobres se dedicaron a la sastrería, oficio que con el tiempo fue integrando otros grupos como mestizos y mulatos libres principalmente. Algunos señorones de los cascos urbanos llegaron a tener entre sus esclavos a algún negro que hiciera las veces de sastre y camarero. El caso lo ilustra Carrasquilla en "La Marquesa de Yolombó" con Benedicto, sastre negro al servicio

del taita Moreno, ligado a su amo por una relación de servidumbre compleja, acentuada por las diferencias raciales y de clase, pero a su vez bastante estrecha, de suma complicidad y dependencia (15).

Desde la colonia los sastres y las costureras manipulaban todo tipo de telas, algunas importadas de Europa y otras producidas en el Socorro, Quito y otras provincias. Se ayudaron de hiladillas y tiras de quasca para tomar las medidas hasta que se incorporó el sistema métrico decimal en el siglo XIX (16).

Con clientela propia, la actividad de sastres y modistas sólo crecía desmesuradamente en ocasiones especiales. Las fiestas de la localidad o alguna conmemoración como los festejos patrios y religiosos ponían los talleres a punto de reventar.

"Y los pobres sastres purgan picardías propias y ajenas ¡desgraciados! Sus talleres son entonces un infierno de trapos y perendengues: por los brocados y tisúes, galones y argentería, aquello semeja una fábrica de ornamentos de iglesia; por los terciopelos, rasos y panas, plumas, alamares y cintas, el taller de una modista." (17).

3.3. SASTRERIA

En general ha sido la sastrería un oficio heredado a partir de los lazos familiares. El aprendizaje se comienza desde la niñez, etapa en la que se le asignan al individuo pequeñas tareas de acuerdo a su capacidad. El juego y la "preparación para la vida" cohabitan el mismo espacio físico, no académico sino práctico, donde se conectan las relaciones familiares con el mundo exterior (18)

Sólo hasta que se consolida una clase de "artesanos finos", entre los que se cuentan algunos sastres, éstos representaban, aunque no la clase más humilde, una considerada por los más pudientes como de baja extracción. Carrasquilla en "Grandezza" pone en boca de doña Juana Samudio tal discriminación. Su hijo Chichí estaba, según ella, mal relacionado; pues siempre se le veía con la guacherna, con lo vulgar, con lo democrático; en pocas palabras, "desde que sea con artesanos y zambos está en su elemento" (19).

Desde temprano y en relación al tipo de clientela y a la preparación se conformaron dos calidades de sastres: la que le cosía al común de las gentes y la de la categoría de "Artesanos finos". De estos hubo algunos que finalizando el siglo XIX lograron consolidar sus establecimientos al punto de convertirlos en "Centros de moda".

La ropa de hombre se hacía sobre medida, pero con la introducción de modelos y figurines extranjeros, se inició la confección por tallas. A comienzos del siglo XX el sastrre no tenía que resignarse a esperar a los clientes para luego atarearse en exceso; ya estaba en capacidad de ofrecer trajes previamente hechos. Muchas sastrerías fueron por consiguiente taller y almacén tanto de ropa como de otros artículos.

3.3.1. PREPARACION EN EL OFICIO

Usualmente se aprendía en el mismo taller iniciándose como aprendiz. En la segunda mitad del siglo XIX se dieron algunos intentos por formar en el oficio a un mayor número de personas.

En 1874 Eusebio y Santiago Sanín proponían en el Boletín Industrial la creación de una escuela de sastrería pero por el momento sólo darían clases de corte en sus dos locales de la calle Colombia. Su carta de presentación era la experiencia lograda en cuarenta años de trabajo continuo. Medellín era entonces el gran centro de la sastrería y resultaba atractivo el potencial mercado de los pueblos (20).

Al año siguiente, en el mismo periódico José Manuel Arango se pone a disposición de quien quiera ocuparlo como profesor de corte. Este, que según las palabras de Lisandro Ochoa (21) tenía la más distinguida clientela de la ciudad (médicos, abogados y quienes usaran levita) ofrecía dar clases, incluso a domicilio y a mujeres. Uno de sus objetivos era educar sastres de los pueblos "a quienes mas que a ninguno conviene aprender con perfección su oficio para evitar la competencia de la capital" (22). La actualización en modelos europeos y una mayor habilidad a ganar por sus alumnos era otra de sus metas; "promete hacer de un sastre práctico e inteligente, un maestro científico en cuatro meses" El aprendizaje de un oficio o de una profesión daría los ingresos necesarios "para vivir con decencia en la sociedad" (23).

En 1893 José Domingo Soto anunciaba sus clases de sastrería y que para el efecto se basaría en los sistemas de Victor Morsaud, Sigé Compaing, Francisco Lavedeze y por último de Roussel, el mejor de todos, según él, y que dominaba más que los otros (24).

Esta necesidad de ponerte al día en los requerimientos de la moda llevó a sastres a estudiar constantemente los avances en el oficio y a actualizarse en los nuevos cortes. La sencilla declaración de Rubén Amaya lo ilustra así: "Hace quince años estudié en Cali con un profesor americano,

con quien aprendí a confeccionar trajes para hombres. Yo solo me he consagrado con paciencia y detenidamente a estudiar los trajes para sacerdotes con la ayuda de los modelos más claros y de mejor procedencia que mis libros de consulta me proporcionan" (25).

3.3.2. EL DIARIO VIVIR DE LAS SASTRERIAS

Las más prestigiosas sastrerías tuvieron una evolución interesante. En calidad de sastres manejaron su taller, en primera instancia, como actividad de familia. Sus hijos aprendieron el oficio allí mismo y estos posteriormente lo transmitieron a la siguiente generación. Tal es el caso en Medellín de José Manuel Arango, con sus hijos Eduardo y Rafael; Eusebio Sanín con sus hijos Enrique, Tomás y Francisco; José María López, con sus hijos Alejandro, Ricardo y Urbano (26).

El taller ya en la segunda mitad del siglo XIX había trascendido las fronteras de la casa y daba entrada a otros aprendices que más adelante intentarán montar su propio taller. Muchos se quedaron en calidad de obreros de las mismas sastrerías no porque estas se hubieran tecnificado, sino porque atendían la cada vez mayor demanda de sus productos. El contar con obreros calificados fue entonces parte de la publicidad que acreditaba una sastrería.

Algunos hijos de sastres entraron a la escuela y otros, en número mucho más reducido, pudieron viajar a Europa a "Perfeccionar el arte" (27). Este sastre no era ya un simple artesano; importaba los paños directamente desde Inglaterra y Francia y confeccionaba según modelos traídos también del viejo continente. Enrique Sanín, Daniel Posada, J. M. Arango, entre otros pertenecen a este tipo de sastres, sin duda favorecidos por su ubicación en Medellín, convertida ya en el principal centro comercial de Antioquia (28). Quienes recorrieron esta fase terminaron montando su propio "Almacén de Modas", sitio donde se vendía desde el traje hasta los zapatos y los accesorios adecuados. David Osorno, por ejemplo, vendía en su taller: ropa hecha, telas, camisas, ropa interior, corbatas, paraguas, prendedores, relojes y otros accesorios (29).

Los locales más afamados, eran además el mejor sitio para comprar paños y otras telas importadas. En muchas podían conseguirse desde accesorios para vestidos y camisas de hombres, hasta ropa interior, zapatos, cigarros, sombreros, etc. Un nuevo surtido de paños que llegara era anunciado por la prensa. A quienes inicialmente se quería motivar era a los antiguos clientes. Luego venía la invitación para los otros y para ello se resaltaban los precios bajos y otras ventajas como que el vestido fuera forrado y que los paños tuvieran varias pintas (30). Los más exclusivos no hablaban de reducción de precios; decían estimarlos en relación a la

calidad de la obra. Tal es el caso de Luis María Uribe Latorre (31).

Los clientes, en ocasiones de toda una vida, eran lo mas importante para un sastre. Algunos no retribuían de la misma forma tantos desvelos, y no siempre eran cumplidos en el pago. José María López (Chispas), en 1876 sacó un curioso comunicado en la prensa advirtiendo a quienes le debían trabajos de hace dos años para atrás que si no cancelaban en dos meses publicaría sus nombres(32). En este caso el cliente dejaba de ser un "favorecedor", como usualmente se le llamaba y pasaba a ser simplemente un "trámposo".

Finalizando el siglo XIX el sastre se sale de lo estrictamente masculino y empieza a coser también para las mujeres y niñas. Algunos vestidos esperaban cómodamente en las estanterías de las "Casas de modas" a los compradores. La ocasión que ameritaba la adquisición era especial: Un futuro enlace matrimonial, las celebraciones de Semana Santa, de fin de año, etc. No eran muchos los que tenían ingresos suficientes para "darse esos lujos". En 1923 un traje podía costar entre \$10 y \$20; por lo menos a ese precio los ofrecía Enrique Sanchez con la garantía de que si no quedaba satisfecho el comprador, se le devolvería el dinero (33).

Los sastres y las modistas no solo confeccionaban prendas en telas recién compradas. También se encargaban de la "volteada de la ropa", especialmente de trajes de paño por el alto costo del mismo, y de la confección de trajes nuevos para los menores utilizando como material los vestidos viejos de los mayores. Estrenar de viejo algo nuevo era una costumbre practicada por varias capas sociales. También se usaba que los parientes más pobres reciclaran como regalo la ropa vieja de los de mejor condición social. Se llevaba al sastre las prendas y éste las acomodaba a las medidas del nuevo usuario. En el Medellín de finales del siglo XIX había varios expertos en este tipo de obras (34). No ostentaban como los más altamados, estudios en París, capital mundial de la moda, ni tenían grandes talleres pero contaban con una clientela numerosa. En ocasiones la labor de la volteada de la ropa y de la transformación de viejos vestidos en ropa nueva para los menores se dejaba a las mujeres de la casa así éstas no tuvieran una gran práctica en el arte de la costura. La idea que alentaba esta costumbre era la de aprovechar al máximo las telas.

Los dos tipos de sastres tenían nortas diferencias, especialmente de status social. Los sastres comunes, dueños de talleres de "Poca monta", eran viejos que andaban descalzos o en alpargatas, espectadores de los nuevos gustos de generaciones jóvenes y que entre otras tenían la tarea de

prolongar la vida útil de los paños mediante la volteada de la ropa y la de confeccionar prendas a las gentes de menos recursos. Para el caso, Ochoa cita los ejemplos de "Don Valie" y "Pisita" en Medellín (35). De otro lado estaban los sastres de la categoría de "artesanos finos". Entre éstos hubo quienes acreditaran diploma de la Academia de Corte de New York y estudios en París y Londres. Un ejemplo es el de la Sastriería América de H. Robledo que acredita diploma de la Academia de Corte Mitchell de New York (36). El que los sastres de la categoría de artesanos finos o sus hijos estudiaran para "perfeccionar el arte" y no una profesión liberal, estudios para los que tenían evidentes condiciones económicas, indica que el oficio era bastante lucrativo como negocio y muestra además cierto apego transmitido de generación en generación. Tal amor a la profesión se refleja, por ejemplo, en los comentarios de Ochoa por la singular muerte de Miguel Isaza, un sastre de Medellín. "Tuvo don Miguel una muerte envidiable: murió sobre su mesa de trabajo" (37). Los paños eran importados directamente por ellos mismos junto con otros accesorios, materiales y revistas de modas. Algunos se especializaron en determinado tipo de traje; por ejemplo, J. M. Arango y sus descendientes fueron reconocidos como los mejores en la elaboración de trajes de etiqueta (38). Algo similar sucedió con Rubén Amaya T., quien se especializó en trajes para sacerdotes (39).

En 1925 el señor Arango tiene sus locales a una cuadra del parque de Berrio. Era importador directo de paños ingleses marca "Gato", los que eran exhibidos en la parte delantera del negocio. En la sala de recibo esperaban los clientes que estaban allí para tomarse sus medidas o medirse sus ropas; en el interior estaban los obreros, diestros en la costura. El corte sólo lo hacía don José Manuel, celoso de su merecida y grande reputación. Trataba de estar al tanto de la moda europea; por eso recibía semanalmente distintas revistas y publicaciones en las que aparecían los más variados estilos. De las relaciones con sus obreros da cuenta Luis Viana Echeverri tras una entrevista que le concediera el señor Arango (40). Estimaba este señor que para el mejor control de sus trabajadores y para evitar distracciones, estos debían trabajar en el interior del establecimiento. En la parte delantera sólo estaban los empleados vendedores. Les exigía también que permitieran la deducción del 4% de sus sueldos semanales a modo de ahorro, dinero que les era entregado sagradamente el 23 de diciembre junto con los respectivos aguinaldos que daba la empresa. Esta práctica según el señor Arango era no solo aprobada por todos sino que se consideraba benéfica.

El hermano del señor Arango, Carlos, tenía su taller de sastrería sobre la calle Boyacá y lo mismo que éste tenía una gran clientela. Viana Echeverri cuenta que el número de obreros ascendía a 30; trabajaban allí, además, empleados

vendedores y mensajeros. Cuando un cliente lo deseara llamaba por teléfono al local y a su casa iba un trabajador a tomarle las medidas o para llevarle trajes ya hechos (41).

Otro de los Arangos famosos, Eduardo, saca en 1932 el siguiente anuncio "Eduardo Arango R. El sastre de las elegancias masculinas. Estudios en París y Londres. Parque de Berrío (42).

Las clientelas de estos sastres trascendían los límites de la localidad. Medellín, gran centro regional de sastrerías y modisterías desde finales del siglo XIX, era el sitio a donde campesinos y parroquianos un tanto acomodados de distintos pueblos, se dirigían de preferencia para comprar sus trajes. No quiere esto decir que la iniciativa local en cada uno de los distritos y municipios estuviera acabada; simplemente que estos últimos atendían un mercado más restringido y carecían de un sonado renombre. Era entonces natural que los sastres de Medellín opacaran a los de los pueblos, lo mismo que los de Bogotá lo hicieran con unos y otros.

El número de sastres en Medellín llegó a crecer tanto que en 1880 el periódico La Tribuna saca las listas de varios talleres de Medellín, entre los que se cuentan 9 sastrerías (43). En el Barrio Norte en 1896 había 7 sastrerías con 75 trabajadores (44).

En 1916 el Anuario Estadístico de Medellín reporta 135 trabajadores en el gremio con un jornal promedio de \$0.63 (45). En 1935 hay en la ciudad 77 sastrerías (46).

En 1936, hay en toda Antioquia 2278 trabajadores de sastrerías (47), suponiendo que son los hombres agrupados en sastrerías sombrererías y modisterías, los que efectivamente pertenecen al primer grupo. De estos, 1005 son dueños de sus negocios.

3.4. MODISTAS

Todavía hoy, para muchos la actividad de la costura es considerada como inherente a la condición femenina mientras que a los hombres se les deja el diseño. Más que una virtud, la costura, era algo en lo que la mujer debía ser diestra. Tan arraigado estaba en la población este modelo, que se construyó un prototipo de mujer ideal a partir de las labores de costura. "La mujer sin dedal" es el título de un artículo en el Diario de Cundinamarca en 1871 que ejemplifica esta visión. Con todos los excesos que pueda contener, es evidente que se consideraba como imprescindible la realización cotidiana de estas labores sin que ello generara necesariamente algún lucro. Se le permitía hacer otras cosas a la mujer, pero ello no debía implicar que

dejara sus labores de costura. Cuando esto sucedía era un indicativo del descuido de ésta y de la poca importancia que le daba a su hogar. La mujer sin dedal sólo vive para la opulencia, las amistades por fuera de la casa y los entretenimientos banales (48).

La mujer que resalta el artículo vive en la ciudad. De la campesina anónima poco se ocupan los periódicos porque ésta había ganado para sí una imagen de trabajadora, contraria a la de los centros urbanos. Además no tenía espacio para mostrarse y ostentar sus galas. Cuando se iba a la cabecera del distrito o a la ciudad se hacían esas cosas. Pero unas y otras, las de la ciudad y las del campo, aprendieron a coser. Fueron iniciadas por sus madres, tíos y hermanas mayores por lo general en su propia casa. La mujer de las cabeceras que perteneceiera a las clases adineradas contó con otras ventajas, así estas no se reflejaron en su actividad. Por ejemplo, ingresó a colegios privados en donde se enseñaban primeras letras, cultura general y algunas manualidades como bordado y costura. Las materias a dictar, por ejemplo, en el Colegio Espíritu Santo en 1878 eran: Lectura, Escritura, aritmética, castellano, urbanidad, doctrina cristiana, historia, geografía, ortografía, religión, historia patria, francés, dibujo, y obras de mano como: bordados, tejidos artificiales, trabajo del cabello, corte y costura (49). La fortuna de los padres se reflejaba en el tipo de colegio escogido, aunque en

esencia, en la casa o en el aula, la mujer se educaba para ser madre y esposa. La calidad de trabajadora la fijaba la necesidad.

También hubo intentos desde el sector privado por impulsar talleres de costura. En 1884 Enriqueta Vasquez anuncia el montaje de varios a nombre de la Asociación del Sagrado Corazón de Jesús. Los dirigirían Rosalía Buse de Restrepo y por lo menos once mujeres más (50).

Además de que la actividad de costura fuera considerada como inherente a la condición femenina, era común que una de las mujeres de la casa se especializara en la costura y como el salón para ello estaba en la misma casa de habitación, las hubo indistintamente en el campo y en la zona urbana de cada localidad. Claro que las afamadas modistas montaban su taller de preferencia en las cabeceras de los municipios aprovechando la confluencia de las gentes al lugar.

Pero si cualquier hombre estimaba como obvio que su pareja dominara a la perfección el hilo y la aguja, no todas ellas se hacían costureras y mucho menos modistas. La labor de estas últimas estaba económicamente por fuera de las actividades domésticas; confeccionaban prendas, disfraces y hasta asesoraban a sus clientes cuando se trataba de escoger algún modelo adecuado para la tela que habían comprado y según la moda o la costumbre. En lo que atañe a la labor

las costureras no se diferencian de las modistas, salvo en el grado de perfección de su arte y el prestigio logrado. Carrasquilla ilustra esta diferencia en su obra "Grandeza". Sólo modistas "de lo primero" debían confeccionar los disfraces para el baile y los trajes para el recibo de Magola y Tutú, hijas de doña Juana Samudio, para la fiesta especial a la que fueron invitadas.

"¡Y como se pondrán de horribles las modistas, con lo aprovechadas que son!

-Y que tienen que ser modistas de lo primero -apunta Tutú- porque las costureras no salen con nada.

¡Que van a salir! -deplora doña Juana- Aunque vengan aquí y nosotros las dirijamos. Y esas zambitas son también tan rascadas y preponderantes" (51). Además el término de Modistas correspondía más a la idea de que quien se desempeñaba en el oficio era el que creaba la moda.

"Hay en el mundo ciertos seres originales que se desvelan y trabajan únicamente por inventar e indicar a la loca juventud cuantos caprichos se les ocurrren para el uso de esta. Tales son los módistas quienes parécense a los prestidigitadores en la facilidad y destreza con que estos hacen variar la figura y apariencia de los objetos de su escenario. El prestidigitador usa el cubilete para sus cambios, y el modista se vale del figurín y el periodismo para variar el estilo del ropaje en la especie humana" (52).

No eran pocas las costureras a las que debía acosárselas para que terminaran una prenda a tiempo; en épocas de fiestas sus clientes no las abandonaban hasta que no entregaran la obra. Se les hacía largas visitas, entremezcladas con alguna bebida, mientras se tejían historias en las que en ocasiones algunas reputaciones rodaban tranquilamente por el suelo. Como por lo general su pequeño cuarto de costura quedaba en su misma casa de habitación, la modista realizaba todo tipo de quehaceres domésticos al mismo tiempo. La atención de sus hijos, cuando los tuviera, corría por su cuenta a menos que contara con alguien para que le ayudara. Era frecuente en familias numerosas que una de las hijas se hiciera modista y montara un pequeño taller. Sus aprendices serían sus hermanas o alguna prima o por lo general alguien de la familia. Por ejemplo, María Joaquina Villegas, aguadeña de 16 años, en 1851, hija mayor de Policarpo Villegas y Ana María Maruanda, tenía un pequeño taller de costura en el que trabajaba con su hermana Domitila de 11 años. Su padre, su madre y su hermano Juan de Dios eran labradores (53).

Se surtían las modistas y costureras en los almacenes misceláneos, a diferencia de una gran cantidad de sastres que eran importadores directos. Incluso la suscripción a las revistas de moda debía nacerse por ese conducto. Allí conseguían, además, todo tipo de implementos para su labor: zarzas (en morado, negro, medio luto y rojo pichincha), género blanco (cuyo precio oscilaba a fines del siglo XIX

entre 1½ y 2 reales la vara (54), cretonas (estampadas de flores), driles, mantas y fula india (tela burda azul oscura) usada comúnmente para las faldas; botones, hilos, adornos, cintas y encajes. Para el caso, en 1873, Juan J. Mora Berrio anuncia que para Semana Santa ha importado merino y paño negro, trajes de seda, mantillas, guantes de cabritilla y libros (55). En 1875 Alejandro López S. anuncia el surtido que acaba de recibir, muy variado por cierto. Algunos artículos eran: Cuellos, cinturones de cuero, hilos, pecheras, etc. (56). Por su parte, Jorge Bravo importaba la publicación "La Moda elegante ilustrada" (57).

Poco a poco se implementaban los avances técnicos a la actividad sin que por esto dejara de ser artesanal. Es cuando se pasa de la manipulación de la aguja a la de la máquina de coser. En la segunda mitad del siglo XIX las máquinas de coser comenzaron a importarse para mayor satisfacción de las mujeres y los comerciantes. Sus precios bastante altos, sólo podían ser pagados por unas cuantas modistas y algunas familias ricas hasta que el aumento en la capacidad de consumo de la población las popularizó. Un anuncio de prensa en 1899 hace resaltar que las máquinas de marca Wheeler & Wilson superan las 6000 en el departamento, así mismo, tenían repuestos gratis y garantía por un año. (58). Las casas importadoras traían los repuestos y hasta el aceite para las mismas (59). En la prensa local se

ventilaron nombres como Silenciosas, Pan-American, Singer #9, Meteoro, Invencible, etc.

A la iniciativa local se dejó su arreglo. Dos de los mecánicos que las reparaban eran Enrique Haeusler Rincón y Pedro María Zuluaga (60). En 1878 Lorenzo Marquez, cuando estaba a cargo de la Escuela de Artes y Oficios, inventó un modelo de máquina de coser igual en la parte externa a las importadas y en el interior con un mecanismo diferente (60).

Tan poca relevancia se le daba en la segunda mitad del siglo XIX a la modistería, que ni siquiera aparece relacionada en los informes sobre el estado de las artes y oficios. Era una actividad artesanal familiar que funcionando en la misma casa pudo trascenderla o no dependiendo de múltiples condicionantes culturales y socioeconómicos. El carácter de costureras o modistas sólo lo adquirieron aquellas que la tomaban como una actividad económica.

Por lo dicho, el término de modista tiene aún más complejidades. Modisto es el que se ingenia la moda y se vale de figurines y la prensa para hacer llegar sus modelos al gran público (62). Modista es, en la actualidad, quien hace prendas de vestir para señora, la que adoptaba, seguía o inventaba las modas y/o la que tiene tienda de modas (63). Tal vez por eso el término se prestaba para muchas confusiones en el siglo pasado. Lo cierto es que desde



finales de siglo algunas mujeres se definían como modistas porque le cosían a un selecto grupo de mujeres o porque sus modelos copia del último grito de la moda dictaminado en París o alguna otra ciudad europea. A este grupo pertenecen Pastora E. Marquez Voinchet, Matilde y Ana Josefa Isaza y C., y Sacramento Escobar (64)

A comienzos del siglo XX se dejan apreciar ya en algunas estadísticas. En 1916, según el Anuario Estadístico de Medellín, funcionaban en esta plaza 11 modisterías de alguna relevancia con 27 obreras en total y un salario promedio en cvs. por hora de 7.77. En 1923 solo aparecen relacionadas 7 modisterías y en 1935 hay 143 diseminadas por toda la ciudad; sólo en el barrio Manrique había 5 modisterías. (65).

Tal diferencia puede entenderse por el desinterés con el que eran miradas hasta esta última fecha. Para las estadísticas solo importaban las más prestigiosas que funcionaran en pleno centro de la ciudad mientras que en la estadística del 35 se toman todos los barrios. En 1938 hay 8639 individuos en Antioquia vinculados a la rama de sastrerías, modisterías y sombrererías (66). De éstos, 6361 son mujeres que a la vez configuran el grupo más significativo de este sexo en industrias de la transformación. En su mayoría, las mujeres son dueñas de talleres de modistería, mientras que, tomando los grupos más numerosos, en trilladoras, textileras,

educación y cultos son obreras y/o empleadas.

Aunque las mujeres de élite, eran educadas para que dominaran la costura y el bordado, pocas las tomaban como actividad remunerada. Hubo casos ya en la segunda década del siglo XX en que mujeres de élite participaran en la conformación de "Casas de moda", contratando para ello modistas de cierta fama. Se preocupaban por mantenerse al dia en publicaciones como "La moda elegante ilustrada de París y de participar con ciertas ventajas en las exposiciones industriales. En la de 1923 se dieron premios en el grupo de vestidos a trabajos de bordados, trajes de lujo para señora, chalets de lana y seda y sombreros para señora (67). En la de 1932 Filomena Amador de Rodríguez es premiada por segunda vez por su corte (ya en 1923 había sido reconocido su talento). En este momento los vestidos estilo sastre para mujer y los Hacillé estaban en todo su furor.

3.5. SOMBREROS

Los más importantes centros productores de sombreros en Antioquia en el siglo XIX fueron Sopetrán y Santa Fé de Antioquia al occidente y Aguadas al sur. Ya fuera por emplear una gran cantidad de mano de obra, sin cupo en las labores del campo, y sin preparación alguna para otro tipo de oficios, el tejido de sombreros se convirtió en una alternativa económica para una amplia capa de la población. Y si bien los ingresos que generaba a los productores eran mínimos frente a los obtenidos por los comerciantes y exportadores de los mismos, reactivó el mercado interlocal con poblaciones alejadas.

El gobierno estimaba que gracias al tejido de sombreros se reducía la vagancia, se evitaría la formación de capas menesterosas y se aumentarían los ingresos de las clases pobres. (68), a la vez trató de enseñarlo a los reclusos, huérfanos y mujeres principalmente. En algunos casos las propuestas se concretaron en centros de enseñanza para la fabricación de sombreros de iraca. Tal es el caso de la iniciativa del Cabildo de Abejorral en 1882 y cuyas demandas al Secretario del Estado revirtieron en un pequeño aporte para la misma. (69). De igual manera, algunos colegios lo incluyeron en sus cursos. En 1859 Rafael María Giraldo, gobernador del Estado informa sobre los intentos de impulsar en la Casa de Reclusión el tejido de sombreros de iraca.

Las razones del fracaso fueron según sus palabras, la poca habilidad de los reclusos, acostumbrados a duras faenas, y el carácter transitorio de su estadía allí. Por tanto se ideó un tejido distinto, en forma de trenza y que fue de mayor aceptación. Los presos de dicha casa de reclusión estaban además en capacidad de confeccionarse los vestidos que necesitaban y aclara que en ningún momento debía pensarse que se apoyaría tal propuesta por el hecho de que fuera rentable (70).

3.5.1. AGUADAS Y LA TRADICIÓN DEL TEJIDO DE SOMBREROS

Aguadas nace como localidad en 1813 como fruto de la naciente colonización que apenas partía de Abejorral. Inicialmente la llamaron Ebéjico y posteriormente le dieron el nombre de La Aguada (71). La fonda de la mestiza Manuela servía como punto de referencia. Allí donde por tiempos sólo descansaban los cazadores, los arrieros y las recuas de mulas, comenzaron a pernoctar los hombres que poco a poco iban ampliando la frontera agrícola. Después de Aguadas siguió Pácora, luego Salamina y así sucesivamente, quien no lograba ubicarse en un lugar emprendía con otros compañeros la empresa de colonizar nuevas tierras.

La ocupación de cada espacio geográfico tuvo sus propias particularidades y estas influyeron en situaciones como el tamaño de las propiedades y, sin ser definitivo, en el

perfil económico de cada localidad. Para el caso de Aguadas, Pácora y Salamina, el siguiente cuadro es bastante indicativo al respecto:

POBLACIONES	# FAMILIAS	CENSO DE 1843		CENSO DE 1870	
		BENEFICIADAS	POBLAC.	NO.	POBLAC.
	CON LOTES	TOTAL	FAMILIAS	TOTAL	FAMILIAS
AGUADAS	548	4293	613	8837	1262
(Incluye Arma)					
PACORA	368	2874	410	4997	713
(Arma Nuevo)					
SALAMINA	112	3767	538	7792	1113
(72).					

Aunque la base de la economía era la agricultura, la fabricación de sombreros de fibra de iraca en Aguadas iba alcanzando cierta importancia, especialmente para la gran cantidad de brazos disponibles. En 1851 se dedicaban a la elaboración de dichos sombreros 53 cabezas de familia y de los 225 artesanos que había en la localidad 89 hombres y 24 mujeres eran sombrereros. (73). Hacía pocos años los cultivos de palma de iraca habían sido introducidos a la localidad. No es de extrañar la queja de Manuel Uribe Ángel en 1885 cuando dice:

"Si la agricultura no es el ramo preferentemente atendido por los habitantes para el acrecentamiento de su gran

riqueza y bienestar, débese esto a que, por un falso cómputo económico, los aquadeños piden la mayor parte de los arbitrios para su existencia, a la industria fabril de los sombreros de paja de iraca. Un rendimiento semanal de tres mil pesos, poco mas o menos, obtenidos por medio de esta labor, resuelve temporalmente el problema de la vida física de un modo satisfactorio; pero no hay que hacer fuerza de razonamiento para comprender que esta base de riqueza pública es fugaz y precaria" (74).

Con varios altibajos, los "Panama Hats" como se conocieron en el mercado internacional, fueron el único producto manufacturado que exportó el país hasta bien entrado el presente siglo y al igual que las pieles, sus precios debieron soportar los vaivenes de la oferta y la demanda.

Antes de llegar al sombrerero, la paja es cortada desde sus cogollos, ripiada con una tarja (instrumento con mango de madera y dos agujas salidas de esta un centímetro y separadas entre si de 6 a 8 mm); luego es lavada, sometida a cocción durante dos horas, secada durante tres días y estufada con azufre por doce horas. A los tejedores se les ofrece la paja en el mercado por cuartos, medios cuartos, manojo y medios manojo. El omoligo o botón del fondo de la copa antes, y la simple traba de pajas hoy, señalan el comienzo de la labor del tejedor. Luego se teje la copa con ayuda de normas de madera y por último se hace el tejido del

ala y es este el que determina el tipo de sombrero: 3x4, recortado, chucila, de cuzo, 3 y 4 o alicortico, etc. De la misma manera se tejen esmeradas pavas para damas. Después del tejido, el sombrero es negociado con los comerciantes y son estos los que en talleres, a diferencia del tejedor que usualmente trabaja en su casa, hacen el terminado del producto: apretada, que consiste en emparejar y unir el borde del ala; Motilada, que es simplemente el recorte de las pajas que sobran en el bordo; el engomado con colapisis, el planchado, la untura de blanco de zinc, el quiebre, el forrado y la postura de la cinta al final. El comercio se encarga del resto (75). Hoy en díía la administración y algunos sectores de particulares han tratado de rescatar la tradición del tejido del sombrero como generador de su identidad local. Se han programado algunas exposiciones industriales de la iraca con el concurso de tejedoras en el marco de las Fiestas de la iraca. Además, se concede la Gran Orden del sombrero Aguadeño desde 1957 a ciudadanos destacados de la localidad y de otros lugares. También funciona en la Casa de la Cultura Municipal el Museo Nacional del sombrero desde 1980.

En las tres ramas anotadas hay profundas diferencias, que se desprenden desde la misma presentación del texto. Es así como sep percibe que el tejido de sombreros fue una actividad preferida por las gentes de escasos recursos, sobre todo por aquellos que ya no tenían acceso a la tierra, mientras que la costura o la sastrería daban un poco mas de status a nivel social aún cuando no todos figuraran dentro de la categoría de "Artesanos finos".

y es esta última idea, la de "artesanos finos", la que dió el hilo conductor a esta reflexión, especialmente porque muy pocos se ubicaban allí y representaban, entre todos los artesanos a los más encumbrados. Es necesario aclarar que es en Medellín y en las mas importantes ciudades de la provincia donde se notan mas claramente las diferencias entre las distintas calidades de artesanos. En los pueblos, sin duda, se acercan mas al común del resto de la población.

NOTAS:

- (1). Base de datos profesor Victor Alvarez M. A.H.A. Tomo 267 Doc. 5643 fol. 115-128
- (2). Base de datos profesor Victor Alvarez M. A.H.A. Tomo 267 fol. 119v.
- (3). Twinam, Ann. "Mineros, comerciantes y labradores: las raíces del espíritu empresarial en Antioquia 1763-1810. Ed. FAES 1985 p.116, 117, 119.
- (4). Libro de Actas del Cabildo de Medellín 1675-1813 Imp. Oficial Medellín 1937. p.55 a 64.
- (5). Base de datos sobre Antioquia profesor Victor Alvarez Morales.
- (6). Base de datos sobre Antioquia profesor Víctor Alvarez Morales
- (7). Base de datos sobre Antioquia profesor Victor Alvarez Morales.
- (8). Benítez, José Antonio "Carnero de Medellín" Ed. Sris. de Educación y cultura. Colección Autores antioqueños Medellín 1988. p.44
- (9). Boletín Industrial Medellín, octubre 11 de 1877 No. 485. p.1399.
- (10). Boletín Industrial Medellín Enero 31 de 1878 No. 501
- (11). Boletín Industrial Medellín Oct. 28 de 1878 No. 546 p.1640.
- (12). Boletín Industrial, Medellín. Diciembre 9 de 1878 No. 553. p. 1672.

- (13). A.H.A. Gobierno Ramos Tomo 5105 fol 195-98
- (14). Brew, Roger. Op. Cit. p.389
- (15). Carrasquilla, Tomás. "La Marqueza de Yolombó". Edit. Bédout. Medellín 1968. p. 67
- (16). Góñima, Eladio. Op. Cit.
- (17). Carrasquilla, Tomás "Frutos de mi tierra" Ed. Institut. Caro y Cuervo Bogotá 1972. p. 121.
- (18). Mayor Mora, Alberto "El Taller como escuela" En: Rev. Estudios Sociales de Faes No. 6 Se. 1993.
- (19). Carrasquilla, Tomás "Grandeza". En: Oras Completas. Ed. Talleres Nueva Imprenta Radio Madrid. 1952 p.219.
- (20). Boletín Industrial, Medellín Noviembre 26 de 1874 No. 57 p.159.
- (21). Ochoa, Lisandro. Op. Cit. p.163
- (22). Boletín Industrial, Medellín, Agosto 5 de 1875 No. 94 p.276.
- (23). Boletín Industrial, Ibid. p.276
- (24). El Fonógrafo, Medellín Febrero 25 de 1893 No. 3 p. 14
- (25). Viana Echeverri, Luis "Medellín 1675-1925 s.e. s.f." p.209
- (26). Ochoa Lisandro. Op. Cit. p.163.
- (27). Don Miguel Isaza fue uno de los que pudo viajar a Europa a "Perfeccionar el arte". Boletín Industrial Medellín, Marzo 15 de 1896 No. 2 p. 8. Similares estudios pudo acreditar H. Robledo y Cía, en la Academia de corte de New York. "Medellín 1923 Op. Cit p. 90.

- (28). Son numerosos los anuncios de prensa y de libros especializados en propaganda comercial que dan cuenta de esto.
- (29). El Fonógrafo, Medellín Marzo 11 de 1893 No. 7 p. 30.
- (30). La sastrería Gales, por ejemplo, llegó a ofrecer además de estas ventajas, precios entre 25 y 34 pesos por cada vestido y devolución del dinero si la obra no satisfacía al cliente. El Colombiano, Medellín, marzo 12 de 1932 p.4
- (31). El Fonógrafo, Medellín, Marzo 11 de 1893 No. 7 p.30
- (32). Boletín Industrial, Medellín, Noviembre 14 de 1878 No. 549. p.1653.
- (33). Exposición de Antioquia 1923. Op. Cit. p.292
- (34). Ochoa, Lisandro. Op. Cit. p.165
- (35). Ochoa, Lisandro. Op. Cit. p.165.
- (36). Medellín, 1923. Op. Cit. p.90.
- (37). Ochoa, Lisandro. Op. Cit. p.164.
- (38). Ochoa, Lisandro. Op. Cit. p.163.
- (39). Medellín, 1923. Op. Cit. p.286, 288
- (40). Viana Ecneverri, Luis Op. Cit. p.112
- (41). Ibid. p.116-117
- (42). Medellín 1932 Ed. Imprenta Editorial Librería Pérez 1932. p.30.
- (43). La Tribuna, Medellín, Noviembre 13 de 1880. p.78.
- (44). Los Tiempos, Medellín, Noviembre 28 de 1896 No.68 p.271-72.
- (45). Anuario Estadístico de Medellín 1916. Op. Cit. p.33,

35.

- (46). Directorio Industrial Medellín 1935 p.130-40
- (47). Censo Gral. de población 1938, Depto de Antioquia Op. Cit. p.186.
- (48). Diario de Cundinamarca, Bogotá, Junio 19 de 1871 No. 459, p.780.
- (49). Boletín Industrial, Medellín, Enero 3 de 1878 No.497 p.1448.
- (50). Asociación del Sagrado Corazón de Jesús de Medellín. Informe de la Directora. Imprenta del Estado, Medellín 1884 p.116.
- (51). Carrasquilla, Tomás. 1952 Op. Cit. p.221.
- (52). El Poliedro, Barranquilla, Enero 25 de 1876 No.1
- (53). A.H.A. Censos. Volumen 2698. Doc. 6 fol 54-117.
- (54). Ocnca, Lisandro. Op. Cit. 0262.
- (55). Boletín Oficial, Medellín, Marzo 24 de 1873 No.569. p.96.
- (56). Boletín Industrial, Medellín, Julio 10 de 1875 No.90. p.269.
- (57). Boletín Industrial, Medellín, Julio 11 de 1878 No.529 p.1575.
- (58). El Correo de Antioquia, Medellín, abril 26 de 1899 No.2 p.1.
- (59). Boletín Industrial, Medellín, Enero 10 de 1878 No. 498.
- (60). Boletín Industrial, Medellín, Febrero 10 de 1876 p.391.

- (61). Brew, Roger. Op. C.t. p.333.
- (62). El Poliedro, Barranquilla, Enero 25 de 1876 No.1.
- (63). Diccionario de la lengua española. Ed. Espasa Calpe
Madrid XXI edición 1992 T.II p.1386.
- (64). Pastora Marquez monta su taller con Matilde Isaza en
la casa de esta última en Palacé. Boletín Industrial
Medellín, Junio 13 de 1878 p.1551. En Octubre,
Matilde atiende su modistería con su hermana Pastora.
Boletín Industrial Medellín, Octubre 17 de 1878 No.543
p.1629.
- (65). Guía Comercial, Industrial y profesional de Medellín
1935. Ediciones Exito Tipografía Bedout, Medellín
p.133-37.
- (66). Censo General de población 1938 Tomo I p.186 y Ss.
- (67). Exposición de Antioquia 1923 Op. Cit. p.171.
- (68). Boletín Oficial, Medellín, abril de 1868 No.273 p.127
- (69). A.H.A. República Tomo 2141 Documento 3.
- (70). Informe del Gobernador de Antioquia a la legislatura
en sus sesiones ordinarias 1859 p.40.
- (71). Aguadelo Ramírez, Luis Eduardo "El Gran Caldas" Edic.
Sra. de Educación y Cultura. Medellín 1989 p.136.
- (72). Valencia Llano, Albeiro "La colonización y el Dlio.
económico-social del Gran Caldas (Siglo XIX). En:
Rev. Universidad de Caldas, Manizales. Vol.5, Nos. 2
y 3. May-Dic. 1985. p.52.
- (73). A.H.A. Volúmen 2698 Documento 6
- (74). Uribe Angel, Manuel. Op. Cit. .355.

(75). Valencia O., Aníbal. "Monografía de Aguadas". Imp.
Deptal. 1983. p.259 y 260.

4. EL TRABAJO CON LOS METALES

En este capítulo se pretende dar cuenta del sector artesanal de los metales en Antioquia, especialmente en la segunda mitad del siglo XIX. Se consideró importante incluir algunos precedentes de la actividad en el período colonial, a la vez que se busca centralizar la atención sobre los herreros y los plateros. Como podrá apreciarse, los primeros son significativos especialmente por su conexión con el mundo agrario, surtiéndolo de ciertos implementos como herraduras, fondos para trapiches y algunas herramientas. Los plateros, por su parte se vinculan más a los sectores urbanos de las localidades, espacios donde se daba una mayor ostentación y a donde los parroquianos se dirigían a resolver diversos asuntos. El "pueblo" se convertía entonces en un especial sitio de comercialización de los productos de los plateros.

Como se observa, el trabajo con los metales no es unificado, por lo que se distinguen varias ramas con implicaciones directas sobre los procesos productivos. De un lado está el sector de los herreros, quienes manipulan el fierro ayudándose de una fragua para calentar el metal y hacerlo moldeable y del yunque con el cual lo golpean para darle la forma deseada. De los herreros, al igual que de los plateros, se ocupará más en detalle este capítulo por ser, entre la manipulación de metales, los más artesanales.

Otra condición es la de los fundidores que trabajan el hierro líquido y para ello necesitan de altas temperaturas; luego vacían el metal en moldes y es así como se especializan en la fabricación de maquinaria.

Hasta el siglo XX para el caso antioqueño no se debe hablar de fundidores como tales porque esta función la cumplían las ferrerías ya en la segunda mitad del siglo XIX.

Pero herreros y fundidores pueden trabajar con el metal importado o refundiendo chatarra. La propuesta de las ferrerías fue extraerlo de la tierra aunque adicionalmente cumplieran con otras tareas. Para el caso de Antioquia la ferrería de Amagá intentó cumplir con este importante papel desde la sexta década del siglo pasado, con distintos tropiezos como uno que la llevó al cierre antes de finalizar la centuria (1).

4.1. ANTECEDENTES:

Es pertinente aclarar que el trabajo con los metales tiene sus precedentes en la tradición orfebre de los pueblos indígenas en el caso del procesamiento del oro, en su transformación en objetos de carácter ritual y en los aportes en materia de fundición de metales del viejo continente, ya sea para convertir el oro en medio de valor y de cambio como para la transmisión de la técnica del trabajo

en hierro.

El lugar del oro para los pobladores americanos en el período prehispánico es aclarado en la siguiente cita:

"No obstante, para estas comunidades indígenas el eje básico de su vida y actividad era la agricultura. El oro y el trabajo minero y orfebre eran económicamente secundarios, ligados principalmente a sus formas culturales y al servicio de procesos rituales o de funciones ornamentales" (2).

Pocos apreciaron el valor artístico de las joyas producidas por los indígenas, máxime cuando su mayor importancia la daba su uso como valor de cambio. Algunas piezas terminaron formando parte de colecciones familiares y otras tantas se encuentran hoy en los museos. Entre los que reconocieron su valor artístico hubo quienes aprovecharan estas piezas para sus negocios. En 1874 Eladio Gómez ofrece para la venta una estatua de media vara de alta y que representa una india desnuda, en cuyo cuerpo se hallan grabados unos ideogramas. El vendedor lo presenta como un tesoro antiguo, valioso para un museo (3). La actitud de apreciar los objetos de oro mas como valor de cambio que como adorno es una constante hasta nuestros días. Por ejemplo, en las épocas de guerras cuando debe aportarse para los ejércitos, quienes no estén en capacidad de hacerlo en dinero entregan sus joyas; por lo menos así pasó en la guerra con el Perú, pues se apeló al

patriotismo de las gentes y estas se desprendieron de sus joyas. Las argollas de matrimonio, reliquias heredadas de generaciones atrás fueron a parar a las fundiciones del Estado.

Los precedentes de estas y otras tantas situaciones en el trabajo con los metales se fijan como se anotaba arriba desde el mismo periodo de conquista. Este proceso trajo consigo un cambio en las ocupaciones de los naturales que sobrevivieron. El oro fue uno de los productos exigidos a los indígenas por los españoles dado su valor como medio de cambio en el mercado internacional. El oro le daba entonces el mas valioso sentido de rentabilidad a la empresa de conquista. En un comienzo llegaba por vía de expropiación; mas adelante como tributo exigido y casi a la par con este se comienza a hacer una explotación de los recursos auríferos con mano de obra esclava. Ya en el periodo colonial se emplearon diversas técnicas como la amalgamación y el ensaye y se dejó de lado la técnica de la cera perdida que conocían los indios. La fundición del mismo correspondía en esta fase a personas en quienes las autoridades virreinales tenían plena confianza.

A la par de la empresa de conquista nuevas necesidades iban surgiendo: a los caballos se les desgastaban las herraduras, había que fabricar armas para la defensa de los territorios ya ocupados, clavos para las construcciones,

herramientas para las tareas cotidianas, etc. Era necesario en este caso reponer y arreglar los elementos producidos con hierro. Era tan importante el hierro que desde la fase inicial de ocupación del territorio se construyeron fraguas. En 1541, en plena conquista de las tierras que hoy constituyen el departamento de Antioquia, en la provincia de Curume, el Capitán Vallejo, aprovechando la fragua que construyó un español de nombre Bartolomé Hernández, mandó que se fabricaron clavos y herraduras, de "cadenas y escrivos de hierro, que muchos de los españoles traían" (4).

En el período colonial el trabajo en las fraguas era realizado por esclavos, además de los blancos pobres y mestizos conocedores del oficio. En 1664 el capitán Juan Gómez de Salazar tenía entre sus esclavos a: Antonio, criollo de 50 años, herrero, en el hato de San Estéban y a Miguel, criollo de 34 años, oficial de herrero en la mina de Santo Domingo (5). En 1767 Miguel Martínez Vivanco tenía otro esclavo llamado Nicolás "herrero con su fragua". Entre los negros de esta cuadrilla era el de más valor (\$350) y vivía en casa de su amo en Antioquia (6). Así mismo, de la lista de vecinos de la Villa en 1675 se conocen los nombres de Francisco Muñoz, oficial de herrero, Francisco Patiño, herrero y Juan Monsalve, herrador (7).

En el período colonial, el trabajo que desarrollaban los

herreros consistía en elaborar el hierro o el cobre traídos de Europa para producir herramientas, peroles, herraduras, armas, fondos de trapiche o de salado y otros objetos. El hierro en este período era un valioso elemento del comercio de ultramar. Los libros de cuentas de aquella época así lo permiten reconocer. Un pequeño propietario de Antioquia, Don Francisco Izquierdo, le debía al Capitán Gonzalo Ortiz Diente en 1645 la siguiente cuenta:

4 varas de pañete a peso y medio vara	6 ps
mas de tres varas de ruan a peso de a 20	3 ps
mas una libra de hierro	3 ts.
mas 23 libras de hierro a 3 tomines libra	8 ps 3 ts

Otros deudores del capitán eran:

Felipe de Herrera 24 libras de fierro	8 ps 4 ts
Juan Gil 20 libras de fierro "A razón de 9 pesos la arroba"	7 ps 4 ts
(8)	

No obstante que la producción de fierro en el período colonial fue escasa y que debió recurrirse a la importación, en las postrimerías del siglo XVIII estimaba Francisco Silvestre, que un mejor aprovechamiento de los recursos ferrosos podría permitir la explotación tanto del mineral en bruto como del fierro forjado en planchas o como producto terminado en rejas para arados, ventanas y balcones, palos,

azadones, picos, etc.

"Como este metal es el principal género para todos los instrumentos de la labor de minas y Campos, de la industria y de los oficios, y de uso general para todas las cosas, debería fomentarse en aquellas provincias, como lo hace la de Cataluña, no sola su labor primordial sino la de todas las otras, que componen toda clase de herramientas, para los oficios, Máquinas, Cuchillería, estuches, agujas, Armas, Ojas de lata y quantas cosas menudas o de quincallería nos vienen de los extranjeros especialmente los yngleses, que no sacan por ellas tanto que casi sería incalculable, ni se redujera a cuenta..." (9). Silvestre calculaba en su visita que la instalación de una fundición no superaba en costos los 800 castellanos de oro (10).

Pero esta propuesta de un ilustrado no se concretó en alguna acción para la extracción del hierro, ni siquiera para tecnificar la manipulación del que llegaba por vía de importación.

Hasta el siglo XVIII en materia de fundición sólo había algún adelanto en la del oro, pero ésta a su vez chocaba con la costumbre de utilizarlo en polvo en las transacciones. Es común encontrarse en los documentos de archivo del período colonial que los precios de algunas propiedades fueron fijados en oro en polvo suplantando su equivalente

en castellanos de oro.

En el siglo XIX no podría pensarse el desarrollo de la economía regional y la industrialización antioqueña sin tener en cuenta los conocimientos que en materia de fundición brindaron las ferrerías. Pero mucho antes que estas, las herrerías abastecían al campo y a las minas de herramientas necesarias. Con razón ha afirmado el historiador Royer Brew que

"Artesanos sin ninguna instrucción formal, ya desde el período colonial fabricaban barras y otras herramientas sencillas de hierro y sabían construir trapiches. En el siglo XIX empezaron a hacer bombas para agua, pulverizadores hidráulicos de mineral y molinos para caña" (10).

"...Los artesanos que construían los molinos lo hacían en la misma mina, utilizando madera de la región y llevando de Medellín únicamente los pisones de hierro" (12).

Aún con la importación de maquinaria en el siglo XIX, las herrerías siguieron jugando un importante papel, especialmente en zonas de producción agrícola y ganadera. Ciertamente, la producción panelera no habría podido sostenerse en la forma que lo hizo si no se hubiera contado con experimentados herreros que fabricaran y repararan los fondos para trapiches Gabriel García, por ejemplo, los recomendaba a domicilio (13).

No obstante, en algunas obras no fueron tan afortunados. En la construcción del puente de Bocaná Eugenio Lutz informaba que además de enfrentar problemas técnicos como el de la máquina de taladrar "que ha atravesado mas de 80 metros de espesor de fierro, exigía a causa de su tamaño los mayores cuidados..." (14).

Otro problema era:

"la poca habilidad en los trabajos de fragua. Me permitireis que haga constar, a este propósito, que casi no existe en Medellín un herrero que sea capaz de dar a primer golpe, a una pieza de fierro, la forma que se exija, aunque tenga el trazo exacto y las verdaderas dimensiones en el suelo del taller. Antes de colocar una pieza de fierro en Bocaná, ha sido preciso constantemente trabajarla tres o cuatro veces diferentes.

A pesar de todo, los remaches han quedado satisfactorios, y las vigas, que tienen que soportar un peso de cerca de 16 toneladas, no han sufrido hasta ahora ninguna deformación. Cada una de dichas vigas pesa 1000 kg, y está formada de 58 piezas metálicas diferentes entre si.

La baranda de fierro ha ocupado al herrero durante dos meses, y el montaje está lejos de ser perfecto..." (15).

Toda esta actividad no fue razón para que dejaran de funcionar las tradicionales herrerías. En 1876 Gabriel

García informa en un anuncio de prensa que cambia herraduras a doce reales el juego de 4 "y en ningún caso lo entregará a los aprendices" (16). Melitón Morales, otro herrero de la ciudad ofrece el mismo precio su servicio en el camelión de Guayaquil "Habrá puntualidad; y las personas que deseen que se pongan herraduras a sus bestias, no tendrán más que avisarlo al empresario, quien se encargará de hacerlas llevar al establecimiento, y volver a ponerlas en sus respectivas casas" (17). Otros herreros ofrecían hacer bestias al estilo americano, remendar fondos de toda clase, hacer todo tipo de obras de hierro como calderos; también vendían láminas de cobre. Los límites a su actividad se definían desde la técnica porque el hierro que manipulaban apenas era calentado y moldeado a punta de golpes de yunque. Su lugar de trabajo, por lo general, era su misma casa y los aprendices preferidos eran, en primera instancia, los parientes. Luis Montes, por ejemplo, tenía en 1859 su taller entre Maturín y Bomboná, lugar que le servía de residencia y trabajaba con José Hernández, joven de 19 años, hermano de su esposa (18). En 1867 el señor Montes trabajaba, independiente, en la Barranca de los Ospina. (19)

Los herreros parecían habitar un punto intermedio entre la ciudad y el campo por el tipo de obras realizadas. Su martilleo constante y la herrada de las bestias continuó aún después de la industrialización. El campo siguió siendo un mercado seguro para sus productos. En la zona urbana iban

surgiendo otras necesidades que requerían, además, habilidades técnicas y cierta preparación sobre todo para el montaje y/o reparación de maquinaria destinada al procesamiento de productos agrícolas o que hacían parte de las nuevas fábricas.

Los trabajadores de los metales no fueron muy numerosos. Por lo general, los de cada pueblo atendían la demanda local de herraduras y de una que otra herramienta. En Medellín podían encontrarse más de los que habitualmente tenían los pueblos, no obstante, su número no fue muy elevado. En 1813 había en Medellín 13 herreros, 1 latonero y 15 plateros (20). En 1860 funcionaban en esta misma plaza 15 cerrajerías, 5 fundiciones, 13 platerías, 5 hojalaterías y 5 maquinistas (21). En el barrio norte se hallaban instaladas:

4 fundiciones de cobre con	11 trabajadores
7 herrerías con	17 trabajadores
5 cerrajerías con	7 trabajadores (22)

Notable fue el aporte de los ingenieros extranjeros que trabajaron en las minas de los empresarios antioqueños. Carlos S. de Greiff instaló molinos de pisones en Amalfi, Anorí y Remedios (23); Enrique Haesler construyó varios puentes y fue maestro de la Escuela de Artes y Oficios en el ramo de la fundición y la carpintería; Tyrel Moore, quien

vino a Antioquia en 1829 fue el primero en construir hornos de fundición para el beneficio de la plata (24).

Ya en la segunda mitad del siglo XIX algunos fundidores copiaban modelos de máquinas traídas del extranjero y las ofrecían a mejor precio porque el ahorro en costos de transporte así lo permitía. Igualmente, hubo pequeños talleres que fabricaron despulpadoras y herramientas para las labores del campo. Reginaldo Wolf montó en la década del 70 una fábrica de refundición de metales. Allí producía: "máquinas para caña de azúcar, para moverse con agua, con caballos o con ambos motores a la vez; guijos, ejes, pisones, pisos, ruedas cónicas para arrastres, bombas para extraer aguas en las minas de la profundidad que se quiera; y en general las obras que se le pidan, tanto para la minería como para la agricultura..." (25).

El bajo crecimiento del sector metales se corrobora en el Censo de población de 1935, pues quienes se ocupaban en

"Industrias de la metalurgia", incluidas la "fabricación de máquinas y manufacturas de metales comunes", en todo el departamento, apenas se cuentan 1447 individuos, de los cuales 551 eran dueños de sus propios negocios. (26)

4.2. LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS.

El número de trabajadores de los metales en la segunda mitad del siglo XIX aumentó tanto por la dinámica económica que así lo requería como por difusión de su técnica ya fuera en el mismo taller o instituciones destinadas a su enseñanza como la Escuela de Artes y Oficios.

Desde 1870 comienza la escuela a hacer obras tanto de carpintería como de cerrajería y herrería y a ofrecerlas para la venta. En 1875, cuando la escuela tiene ya 90 alumnos se abren además los talleres de hojalatería, calderería y fundición de cobre. Finalizando la década se traen profesores extranjeros; uno de ellos fue D. Johanson a quien se le dio un contrato como mecánico en la Casa de la Moneda y como Maestro Cerrajero en la Escuela de artes y oficios. Igual contratación fue hecha con Anders Fredrik Sandstrom (27). En 1881 la crisis obligó al cierre de la escuela y sólo se dejaron funcionando los talleres de herrería, cerrajería y carretería para reparar carros, herramientas y máquinas del gobierno (28).

Desde la institución se admitía que era notable el atraso en la manipulación de los metales. En un informe presentado por el señor Whise al Gobernador se condensa tal preocupación. Para las fraguas de la escuela estimaba prioritario garantizarle cuatro caballos de fuerza al fuesile

mecánico. Recomendaba también montar "un horno de retundición de hierro para fabricar allí piezas, otro de cobre para lo mismo y así se podría sacar provecho de los tornos" (29). Para un mejor funcionamiento de los talleres consideraba que el vapor, el cubilote y el horno de fundir cobre junto con las fraguas deberían instalarse en la parte trasera del edificio mientras que la maquinaria debería dejarse en el salón destinado ya para la carpintería con el fin de que quedara cerca del motor con lo que se evitaría, como hasta el momento ocurría, pérdida de fuerza de transmisión y la dispersión del humo por otros talleres. "Arreglando la transmisión de la fuerza abajo del piso para no tener que cambiar la construcción del techo sacando al mismo tiempo buenos cimientos para la colocación de la maquinaria" (30).

La Escuela sacaba para la venta sus productos y hacía reparaciones que le solicitara el gobierno. En 1892 se le pide que repare el puente de hierro que había de ser colocado sobre la quebrada Santa Elena (31). En los informes que presentó el director de la escuela en 1887 aclaraba que las cuentas de los talleres no podían resultar con crédito mes por mes porque muchas de las obras no se habían concluido,

"y es entonces cuando se liquidan para hacer los asientos en la cuentas de créditos. Así pues, hasta el fin de año, cuando se corten todas la cuentas no se podrá tener un

resultado seguro y definitivo que por el sistema que se lleva tiene que ser favorable siempre que haya movimiento" (32).

A pesar de que se esperaba una mayor concurrencia de estudiantes a las clases de cerrajería y herrería, su número fue menor que en las de carpintería. En 1897 había matriculados 16 estudiantes mientras que en carpintería había 28 (33). La siguiente era la lista de los matriculados en cerrajería con sus respectivas notas en la materia.

PRIMER AÑO NOTAS:

Árcila Jesús María	4
Beltrán Jesús María	4
Castaño Eladio	5
Correa Eulogio	4
Díez Julio C.	4
Echeverri Juan B.	5
Jaramillo Emilio	4
Lince Antonio	4
Muñoz Adán	4
Tisnés Roberto	4

SEGUNDO AÑO

Gutiérrez Carlos	4
------------------	---

Londén Pérez I.	5
Rave Carlos	5
Ruiz Roberto	5
Velásquez Adán	5
Velásquez Pastor	5

(34).

De éstos, figura como propietario de su taller en Medellín a comienzos del siglo XX Carlos E. Rave y se anuncia así: "Trabajos exclusivos en toda clase de máquinas y aparatos de precisión (35)."

Así lo quisiera y dada su cobertura, la escuela de Artes y Oficios no alcanzaba a reparar todos los artefactos del gobierno. En el caso del presidio se recurrió a los presos herreros para que efectuaran ciertos arreglos, muchos de ellos de cerrajería y mecánica, buscando con esto hacerle una economía al tesoro público. En carta dirigida al Secretario de Gobierno y guerra en 1890, el Director Gral del presidio expresa lo siguiente:

"Dígnese disponer que el Proveedor de Obras públicas me suministre doce buenos piñones de las dimensiones que aquí se le darán para tantas ruedas de los carros del Establecimiento, los cuales están en malísimo estado, y con esto podrían refaccionarse de modo que quedaran muy buenos pues la obra de hierro se hará aquí toda (36). Otra

comunicación del citado Director ese mismo año, destaca que por la salida del preso herrero ya no se estaban haciendo los remaches para pisones de los reos y se necesitaban urgentemente (37).

Lo visto hasta ahora muestra que no hubo desplazamiento de los talleres artesanales de herrería por los establecimientos más tecnificados como las ferrerías en la segunda mitad del siglo XIX o las fundiciones en el siglo XX; las grandes fundiciones tampoco se interesaron por producir todo lo que los herreros hacían. Además eran estos últimos los encargados de reparar en sus talleres, no pocas veces convertidos en cerrajerías, los aparatos producidos en las fundiciones.

De otro lado, las fundiciones no podían funcionar con pequeños hornos o simples fraguas; por el contrario, requerían de hornos grandes para fundir los metales. La maquinaria y herramienta que fabricaban eran copias de las ya conocidas o de las recientemente traídas del extranjero.

Las Ferrerías de fines del siglo XIX constituyen un primer esfuerzo por producir el hierro para evitar traerlo del exterior y disminuir así sus costos. En 1867 el "degüello del alto horno" en la Ferrería de Antioquia permitió que se rebajaran los precios de algunos artículos a la mitad.

"para calcular todo lo que importa la Ferrería a la industria antioqueña, baste saber que los útiles e instrumentos destinados a la minería i a la agricultura rebajarán, por lo pronto, a la mitad de lo que han costado hasta aquí, como está sucediendo con los pisones para molinos, a pesar de que todavía no se produce fierro dulce: los que antes costaban a \$32 se venden hoy a 16. Toca al Gobierno proteger indirectamente esta valiosísima empresa, promoviendo el expendio del metal para las obras públicas.."
(38).

Lo que deja ver la anterior cita es que si el interés de las ferrerías fue la producción del hierro, también incursionaron en la producción de maquinaria fundida. La de Amagá en 1923 ofrecía maquinaria para minas, para moler caña y ruedas pelton. Su esfuerzo se vió premiado en esa misma época cuando logró llevarse el diploma de honor y la medalla de oro en la Exposición de Antioquia de dicho año (39).

4.3. PLATEROS

La orfebrería fue una actividad artesanal que en Antioquia se mantuvo especialmente en las ciudades más importantes en el período colonial (Santa Fe de Antioquia y Medellín) o en aquellas donde se registrara un activo comercio en la época republicana (Medellín y Rionegro).

Como los otros artesanos, los plateros desde la colonia buscaban condiciones más favorables para el ejercicio de su actividad y se instalaron en las cabeceras, especialmente en aquellas donde el oro no escaseara, ya fuera por un activo comercio o porque cerca funcionaran las arriba referidas cajas reales. Por la lista de plateros en Santa Fe de Antioquia a comienzos del siglo XIX se comprueba un amplio desarrollo de la orfebrería. Es así como, de una lista de 20 plateros de la ciudad en 1808, se sabe que había cargos como el de Maestro Mayor (Francisco Correa), Maestro Veedor (Salvador Garcés), oficiales y discípulos o aprendices (40). Otra ciudad importante del período colonial, Medellín, presenta un comportamiento similar; es así como, del padrón del centro de la ciudad se colige que hay 17 trabajadores de los metales de los cuales 14 son plateros, uno es latonero, y otros dos son fundidores de oro (41).

Las condiciones económicas de los plateros fueron mucho más favorables que la de otros artesanos, e incluso hubo europeos que se dedicaron al oficio, para el caso colonial algunos españoles, como José Llamas (42); en la República se destaca el papel cumplido por algunos joyeros alemanes (43).

Su mejor condición económica se reflejaba entre otros, por el ingreso al colegio de sus hijos ya fuera porque se le considerara al estudio como una forma de ascenso social o

porque el manejo de las letras les permitiera otra forma de comunicación con el mundo. Hubo un platero, Luis María Fernández, a quien se le siguió un juicio a comienzos del siglo XIX por sacar panfletos y distribuirlos. "Y fomentando de este modo discordias aún entre parientes y aún estando en la misma cárcel los ha estado haciendo" (44).

No obstante, la situación no fue fácil para todos; algunos tuvieron que emigrar de una ciudad a otra buscando mejores ingresos; en ese caso, en lugar de percatarse de llegar a una ciudad donde no hubiera competencia, algún olvidado pueblo sería un ejemplo, aplicaron una racionalidad económica más funcional: se instalaron donde estaban los más ricos. De Bogotá se vino para Santa Fe de Antioquia Manuel Caballero, casado, padre de ocho hijos, el mayor también platero y luego se va para Medellín (45).

Sumado a las eventualidades del oficio, la platería debió enfrentar en todo tiempo la pesada competencia de las joyas importadas, preferidas por una gran mayoría, especialmente los más pudientes. Tal situación la ilustra Carrasquilla en La Marquesa de Yolombó para las décadas posteriores del siglo XVIII.

En su calidad de minera y gracias a las jugosas ganancias acumuladas, doña Barbara, "ocupados mantiene a los plateros reales, en su vajilla, en candeleros, lámparas, vasos

sagrados y demás objetos rituales, que regala a las iglesias" (46).

El periodo republicano no llega con grandes innovaciones técnicas en la platería regional; así lo deja reconocer el material de trabajo de los plateros: martillo, lima y buril, son apenas las herramientas que se le reconocen al alemán Luis Platín, platero y grabador en la tercera década del siglo XIX (47).

Promediando en siglo XIX, la orfebrería fue estimulada gracias a ciertas eventualidades, como la producción de plata en las minas de Marmato y El Zancudo, metal que no era medio de pago en el exterior, generándose así una mayor disponibilidad del mismo para los orfebres (48). Antes de finalizar el siglo XIX la disponibilidad de plata ya merecía ser destacada en las estadísticas oficiales. En 1888 las minas antioqueñas de plata aurífera ubicadas en Caramanta, Titiribí, Manizales y Pácora (17 minas en total) produjeron 15443 libras de plata y el número de obreros ocupados en la extracción de la misma fue de 154 (49).

La profesión de platero no fue un simple oficio artesanal. Mucho de buen o mal gusto, de ingenio y de ostentación había en ese mundillo, en ese otro espacio que transforma el metal cargado de valor, en productos acequibles sólo a unas cuantas clases sociales. El platero no existía para el

común de las gentes a menos que hiciera las veces de prestamista y terminara quedándose con las preciadas joyas heredadas de varias generaciones atrás. Por eso no había plateros en todos los distritos antioqueños. A estos, los buscaban los parroquianos para que les hicieran las argollas matrimoniales, para que certificaran la calidad y precio de una joya regalada, etc. Los más pujientes les encargaban los cubiertos, candelabros, copas, y otros tantos objetos ya fuera de plata o de oro. En "Grandeza" de Tomás Carrasquilla, el platero se apellidaba Albania. Hombre de suma confianza de doña Juana Samudio; "Albania, su platero de toda la vida, hombre muy honrado y hábil en su oficio, con quien se entendiera otras veces para ventas de joyas... Bueno, Albania: usted trabaja el platino? ¿Cómo no, mi siá Juanita? Lo traen fundido y ya hemos hecho unos trabajitos muy lucidos. Asómese por la platería para que los vea. Estoy seguro que me hace algún encargo o me compra algo..." (50).

Algunos plateros, como otros tantos, diversificaban sus actividades para poder sobrevivir o como una forma de expresión de sus habilidades, otros en cambio incursionaron a la platería no en su calidad de fabricantes de joyas, sino como relojeros. Uno de ellos fue Daniel Salazar en la segunda mitad del siglo XIX. En 1859, a sus 16 años, era artista, hijo de un empleado y a los 34 daba lecciones de instrumentos musicales, hacía funciones de teatro, daba

conciertos y serenatas y reparaba relojes, cajas de música, máquinas de coser, telégrafos, etc. (51).

Desde fines del siglo XIX las platerías definieron aún más su razón social. Algunas se especializaron en la reparación y venta de relojes finos (Cyma, Longines, Ferrocarril de Antioquia, etc); entre estas se destaca la Relojería Suiza de Heiniger y Bachman en 1893 (En 1877 era de Felipe Etienne). Los precios que ofrecía para los relojes eran los siguientes:

De níquel	4 pesos
De níquel, garantizados por un año	6 pesos
De plata, garantizados por un año	12 pesos
De oro, garantizados por un año para señora	25 pesos
De oro, garantizados por un año para hombres	40 pesos
También ofrecía cajas de música entre \$2 y \$300 y otros artículos como revólveres a \$20 (52).	

Otras se dedicaban especialmente al grabado del oro y a la plata martillada; un famoso platero de Medellín, Rafael Sanín en 1893 vendía joyas, herramientas y útiles para joyería, piedras preciosas, joyas de oro fino de martillo grabadas con su marca "Una cruz griega con la inicial de mi apellido en el centro (53); otras no abandonaron su costumbre de reparar máquinas de coser y de escribir. Como sus productos eran costosos se ingenieraron formas de pago como los "contados" que no era más que el diferir el pago a

cierta cantidad de cuotas. Entre éstos se hallaba la firma Pardo Tobar y Compañía que en 1923 ofrecía dejar una obra de \$20 para pagar en 40 cuotas (54).

A pesar que en Medellín se hallaban reunidos la mayoría de plateros del departamento, en 1916 sólo se registran 25 con un jornal promedio de \$0.91 $\frac{1}{2}$ uno de los mas altos de los sectores artesanales (55). El Censo Industrial de 1938, por su parte da cuenta de 12 joyerías en Medellín y cinco en Rionegro (56). El de población del mismo año refiere que en Antioquia hay ocupados en joyerías, platerías y refinerías de metales preciosos 553 individuos (57).

Si bien Medellín no se convierte en un gran centro de la joyería, si es el principal de toda Antioquia. Sus plateros alcanzan a satisfacer la demanda local y la de poblaciones mas próximas siempre y cuando los importados: alhajas, aderezos y demás objetos de platería no fueran primero los preferidos. La competencia de éstos se sentía desde los diferentes almacenes misceláneos de los comerciantes de la ciudad que se preocupaban por mantener su local suficientemente surtido.

Ya se ha visto acá la intervención de herreros y plateros dentro de la sociedad antioqueña especialmente a mediados del siglo XIX. Valga aclarar que la tecnificación de la metalurgia se hallaba a la zaga con respecto a sus avances

a nivel mundial. El "Ascenso Prometeico", que relaciona André Leroi-Gourhan para los pueblos del viejo continente, y que trata del dominio del fuego, habría que estudiarlo mas en detalle para el caso antioqueño.

NOTAS:

- (1). Pineda, Orlando. "La Ferrería de Amagá" Investigación en curso para su tesis de Pregrado. U. de A. 1995
- (2). Suárez, Ivonne "El Papel del oro en la formación regional de Antioquia. Rev. U. de A. No. 205 Julio-Septiembre de 1986 p.24.
- (3). Boletín Industrial, Medellín, Octubre 15 de 1874 No.51 p.103.
- (4). C.D.I.A.I. Op. Cit. Tomo II p.329.
- (5). Base de datos sobre Antioquia profesor Víctor Alvarez Morales. A.H.A. Mortuorías Vol.250 Doc.5214 folio 13 y Ss.
- (6). Base de datos sobre Antioquia profesor Víctor Alvarez A.H.A. Mortuorías Vol.252 Doc.5507 fol.6r y Ss.
- (7). Monsalve, Manuel "Actas del muy ilustre Cabildo de Medellín" Imp. Oficial Medellin 1937 p.54 y Ss.
- (8). Base de datos sobre Antioquia profesor Víctor Alvarez A.H.A. Tomo 267 Doc. 5643 fol.115v
- (9). Silvestre, Francisco "Relación de la Provincia de Antioquia" Ed. Sra. de Educación y Cultura de Antioquia. Medellín 1968 p.546.
- (10). Ibid. p.270.
- (11). Brew, Op. Cit. p.79.
- (12). Ibid. p.333
- (13). Boletín Industrial, Medellín Abril 27 de 1876 No.133 p.440.

- (14). Boletín Oficial, Medellín, Octubre 24 de 1870 No.424
p.215.
- (15). Boletín Oficial, Medellín, Octubre 24 de 1870 No.424
p.215.
- (16). Boletín Oficial, Medellín, Abril 27 de 1876 No. 133
p.440.
- (17). Boletín Industrial, Medellín, Abril 6 de 1876 No.131
p.430.
- (18). A.H.A. Censos Tomo 2725. Sección de Maturín.
- (19). El Artesano, Medellín, Febrero 16 de 1867 No.13 p.51
- (20). Base de datos sobre Antioquia profesor Víctor Alvarez
A.C.M. Tomo 81 Doc. 4 Fol.148 y Ss.
- (21). La Tribuna, Medellín, Noviembre 13 de 1880 p.78
- (22). Los Tiempos, Medellín, Noviembre 28 de 1896 No.58
p.271.
- (23). Latorre, Op. Cit. p.302.
- (24). Ibid. p.307.
- (25). Boletín Industrial, Medellín, Octubre 22 de 1874
No.52. p.106.
- (26). Censo 1838 Op. Cit. p.185
- (27). Registro Oficial, Medellín Marzo 12 de 1878 No.66
p.495.
- (28). Registro Oficial, Medellín, Junio 4 de 1881 No. 534
p.1749.
- (29). A.H.A. Gobierno Ramos Vol. 5107 fol. 326.
- (30). A.H.A. Gobierno Ramos Vol. 5107 fol. 328.
- (31). A.H.A. Gobierno Ramos Vol. 5113 fol. 421.

- (32). A.H.A. Gobierno Ramos Vol. 5103 fol. 169.
- (33). El Artesano, Medellín, Diciembre 1 de 1897 No.16 p.84
- (34). Ibidem.
- (35). Scorpion, Medellín, agosto 24 de 1909 No.8 p.3.
- (36). A.H.A. Gobierno Ramos. Vol. 5106 fol.457.
- (37). A.H.A. Gobierno Ramos. Vol. 5112 fol.206.
- (38). Informe del Srio. de Gbno. al Gob. del Estado S. de Antioquia. Imp. de Isidoro Isaza Medellín 1867 p.36
- (39). Exposición de Antioquia 1923. Op. Cit. p.164.
- (40). Base de datos sobre Antioquia Profesor Víctor Alvarez
- (41). Base de datos sobre Antioquia profesor Víctor Alvarez
A.H.C.M. Tomo 81 Doc.4 fol.148 r-161.
- (42). Base de datos sobre Antioquia profesor Víctor Alvarez
- (43). Natalio Platin según Eladio Gónima era alemán.
- (44). Base de datos sobre Antioquia profesor Víctor Alvarez
Ver Patiño, Beatriz "Criminalidad en Antioquia"
- (45). Base de datos sobre Antioquia profesor Víctor Alvarez
- (46). Carrasquilla, 1968 Op. Cit. p.182
- (47). Gónima, Op. Cit. p.180.
- (48). Brew, Op. Cit. p.332
- (49). Anuario Estadístico del Depto de Antioquia. Imprenta del Estado. Medellín 1888.
- (50). Carrasquilla, 1952 Op. Cit. p294.
- (51). Registro Oficial, Medellín, Julio 20 de 1877 No.16
p.116.
- (52). El Fonógrafo, Medellín, Febrero 25 de 1893 No. 3 p.14
- (53). El Movimiento, Medellín, Mayo 23 de 1893 N.14 p.4

- (54). Exposición de Antioquia 1923 Op. Cit. p.288
- (55). Anuario Estadístico del Dto. de Medellín 1916 Ed.
Lit. e Imp. J.L. Arango Medellín 1916 p.34 y 36
- (56). Directorio Industrial de Colombia. Ed. Propaganda
Lizcano & Gutierrez Bogotá 1938 p.396.
- (57). Censo 1938 Op. Cit. p.184.
- (58). Leroi-Gourhan, Andre "El Gesto y la Palabra". Ed.
Universidad Central de Venezuela 1971. p.173.

5. EL TRABAJO CON LAS MADERAS

Este capítulo pretende ser una aproximación a la actividad artesanal de la carpintería en Antioquia, especialmente en la segunda mitad del siglo XIX. Se ha considerado básico en este trabajo situar unos precedentes que den cuenta del aprovechamiento de los recursos maderables por parte de las comunidades indígenas americanas y el posterior acomodamiento del europeo a las condiciones del medio. Las maderas sirvieron entonces para la construcción de viviendas, puentes, embarcaciones, utensilios de cocina, muebles y todo tipo de enseres domésticos. Esto no habría sido posible de no encontrarse en nuestro suelo la gran riqueza maderera que poseía, riqueza por la calidad y cantidad de las mismas y por la variedad de especies ubicadas en distintos climas.

5.1. CARPINTEROS, EBANISTAS Y ALBAÑILES.

LOS ANTECEDENTES COLONIALES.

El precedente se sitúa desde el período prehispánico. En la conquista, el recién llegado de la península ibérica se encuentra en estos territorios con comunidades indígenas que construían puentes de bejucos y balsas de caña, las ~~mismas~~ que le sirvieron a Robledo para sus desplazamientos por los



ríos (1).

Antes del siglo XIX el trabajo en madera se había hecho para suplir ciertas necesidades básicas de la construcción, el montaje de máquinas, la elaboración de herramientas, el montaje de trapiches, la fabricación de muebles rústicos aunque resistentes, de artículos para la casa como cucharas y platos de palo y el montaje de los altares de las iglesias junto con la construcción y reparación de las mismas y de todo tipo de edificaciones.

En el periodo colonial los carpinteros contaban con cierto prestigio. Aunque muchos de ellos eran mestizos y blancos pobres, su concepto era requerido cuando se trataba de definir la conveniencia de derribar una edificación, su reparación o su reconstrucción. Este reconocimiento se deja traslucir en el papel cumplido por los carpinteros en los pueblos. Por ejemplo, el trazado de las calles de la Villa de la Candelaria en 1675 le fue confiado al maestro albañil Agustín Patiño y además le fue asignada la tarea de reubicación de los indios que vivían en las cercanías de la plaza principal (2).

Son los precedentes coloniales los que nos hacen concluir que había en Antioquia una tradición de trabajo en madera, no obstante la forma rústica de sus terminados. Se buscaba, ante todo, que lo construido fuera resistente, antes de

colaboración los Maestros Silvestre Córdoba y Lorenzo Quiroz. Las obras de ladrillo, cal y yeso, fueron del mismo maestro Ortiz, y los estucados y dorados con la pintura del sagrario obra fueron del pintor Pablo Chaves, oriundo de Cali" (4).

5.2. EL SIGLO XIX.

El albañil-carpintero se encargaba de construir puentes, especialmente en las zonas alejadas de la ciudad. Estos se hacían de madera (se prefería el laurel comino para el entablado y el techo) y calicanto. En 1847 para el Puente de Palacé se le había encargado al señor Pedro Vásquez la siguiente madera:

Reonda de una vara de grueso (de comino)

2 vigas de 9½ varas de largo

4 vigas de 8½ varas de largo

6 vigas de 8 varas de largo

14 vigas de 7 varas de largo

25 vigas de 6 varas de largo

50 pilares de 4 varas de largo

Madera aserrada de comino

50 cuadros de a 3 varas de largo 7x7 pulg. españolas de gr.

150 tablas de 4 varas de largo de 12 x 2½ pulg. esp. de gr.

80 tablas de 4 varas de largo de 12 x 1 pulg. esp. de gr.

100 tablones de laurel de peña de 4 varas 12 x 3 pulg. esp.

(5).

Otro ejemplo que ilustra la cantidad y calidad de madera utilizada en la construcción está dado en las condiciones exigidas en una licitación en 1868 para la construcción de un puente sobre el río Anorí. Estas eran: que fuera de madera con dos metros de ancho, mas cuatro vigas de 14 pulgadas de espesor y que el entablado y el tecno fuera de laurel comino (6). En estas construcciones poco a poco se fue incorporando el trabajo de herreros a medida que el hierro se estimaba más por su solidez y duración.

La inventiva de los carpinteros operó con bastante éxito tanto en las zonas urbanas como en las rurales. De estas últimas queda un patrimonio arquitectónico, testigo de su capacidad y de la influencia artística de los acabados de sus construcciones. En el caso de los pueblos surgidos a partir de las colonizaciones del siglo XIX, Nestor Tobón Botero comenta:

"Es clara la influencia del arte europeo, bien sea el Mozárabe o el Art Nouveau en esta labor artesanal, además de una cierta reminiscencia del barroco que se aprecia en las aplicaciones talladas de portones, puertas y canceles de comezor" (7).

Promediando el siglo se comenzó a requerir mano de obra especializada para ciertas construcciones. En la de

puentes, lo mismo que para las iglesias, los ingenieros formados en el exterior se encargaron de su dirección; por ejemplo, para la construcción del templo del Retiro, "El plano del templo fue trabajado por el arquitecto europeo Sr. Tomás Reet, i el del altar mayor por el ilustrado Señor Carlos S. de Greiff. En uno i otro de estos monumentos brillan el buen gusto, la elegancia i la encantadora sencillez de las bellas artes, i si no es el mas rico i ostentoso edificio, si es el mas hermoso i lucido templo de la provincia de Antioquia" (8); los carpinteros y herreros pasaron a ser simplemente trabajadores de las mismas obras.

Los tradicionales carpinteros se relacionaron entonces con las nuevas propuestas ingenieriles venidas del exterior y trataron aprovecharlas utilizando los recursos de la región. Algunos mecánicos extranjeros se quedaron y llegaron a formar escuela. El caso de Harris fue uno de esos ejemplos que sentaron importantes precedentes en la formación de españoles y carpinteros locales. Otro personaje igualmente importante fue Enrique Haeusler.

La significación que para Antioquia tuvo Haeusler parece ser mayor. Este carismático personaje, que no se molestó mucho con el golpe de Melo promediando el siglo, había trabajado inicialmente en las minas de Julián Vásquez en Valdivia; construyó luego los puentes de la calle Colombia sobre el río Medellín, el de Doña María, el de Rionegro que

comunicaba a esta localidad con San Antonio de Pereira, el del río Samaná y el camino que comunica a Medellín con Nare; hizo reparaciones en la iglesia la Candelaria y de su piano, y estableció la casa de la Moneda. (9). Sobresalió además por su taller de carpintería donde llegó a manejar 25 obreros y por su cargo como Director de la Escuela de Artes y Oficios; en ésta, siendo su director en 1870, hizo instalar la primera máquina de vapor traída a Medellín. Mr. Aila, como cariñosamente se le llamaba a Haeusler, hizo uso de una gran capacidad técnica e inventiva como muchos otros carpinteros locales.

En la colonización, los carpinteros, se encargaron del montaje de las casas y edificaciones haciendo uso de los recursos que estaban a la mano: madera, bahareque y guadua. Los muros de las construcciones, al igual que en la ciudad se hacían en forma de cajón con bahareque o guadua y tierra pisada. La guadua era altamente estimada por su elasticidad para las armazones de las edificaciones, las acequias y algunos utensilios del hogar. Se preferían los espacios amplios por donde el aire transitara libremente y se buscaba que fuera el trabajo en madera el que adornara la edificación. Aún se conservan muchas de estas construcciones, por lo que es posible ver la variedad de estilos para los calados de las ventanas, los portones, barandas, techos, puertas y pisos. No pocos prefirieron pintar algunas partes de madera de sus edificaciones, en

especial las que dan al exterior con colores fuertes, por lo que resaltan en la distancia tal vez como testimonio de un pueblo que acondicionó la naturaleza a sus necesidades.

Pero el trabajo de los carpinteros no se queda sólo en el montaje de casas y otras construcciones. Su campo de labores podía ser bastante amplio y dependía de la habilidad del artesano y el tipo de herramientas con que contaba; algunos reparaban objetos que se salían de su campo de ocupación, movidos por la conciencia de su pericia. Simon Caballero en 1877 ofrecía en un diario local reparar muebles, barnizarlos, forrarlos, reparar armas, instrumentos de cirugía y navajas; tornear madera, estaño, marfil, cobre y piedra y hacer lápidas en piedra y jaspe (10).

Por lo general, en cada pueblo había el número suficiente de carpinteros para emprender las obras que se necesitaban; sólo que no iban más allá de la esfera de su jurisdicción porque los pésimos caminos no permitían la carga de muebles o maquinaria muy pesada. No obstante, no había terminado la centuria decimonónica cuando Medellín comienza a perfilarse como un centro productor de muebles.

Diversos aspectos sirvieron para la consolidación de la carpintería en Medellín en la segunda mitad del siglo XIX: el mejoramiento de sus técnicas y aparatos, la progresiva urbanización de la ciudad y la preparación de jóvenes

artesanos en la Escuela de Artes y oficios sólo por citar algunos precedentes.

Un acercamiento puramente numérico permite aclarar el crecimiento de la actividad a lo largo del siglo XIX y comienzos del XX. En el casco urbano de Medellín en 1813 había 24 carpinteros (11); en 1880 funcionaban en esta plaza 37 carpinterías (12) y en 1916 hay 375 carpinteros con un jornal promedio de \$0.80, por encima del promedio general que era de \$0.67 (13). Sólo los cerrajeros y mecánicos, los pintores, los plateros y los hojalateros y caldereros se ubicaban por encima de estos. En 1896 en sólo 9 carpinterías ubicadas en el Barrio Norte (Margen derecha de la quebrada Santa Elena y sus alrededores) estaban contratados 65 trabajadores (14).

Pero Medellín no era la única ciudad con carpinteros en el siglo XIX; en la mayoría de los pueblos había los necesarios para satisfacer la demanda local de artefactos de madera. En Hato Viejo por ejemplo, habían siete carpinteros en 1851. De estos, tres estaban vinculados a las familias más notables del lugar: José Pelaez, Mario Antonio Barrientos y Nepomuceno García. (15).

5.3. CARPINTEROS Y CONSTRUCCION.

En el siglo XIX era aún muy común la construcción de casas

de madera y tapias, aunque ya se producía ladrillo. Es así como la colonización de la frontera contó con la abundancia de guaduales que sirvieron para la construcción de casas, acequias, algunas vasijas y muchos otros elementos con que se parapetaba cada vivienda campesina, se hacían los cimientos en cascajo y pedernales y el armazón con guaduas y tierra pisada.

En el Medellín de 1892 las casas, que pocos años atrás conservaban los techos pajizos, estaban empezando a ostentar tejados nuevos aunque la forma de construcción de las mismas no había variado mayor cosa. Por lo general eran de un solo piso, de tapias con tierra pisada y con cimientos nódulos de pedernal y cascajo, igual que en las viviendas campesinas. El segundo y tercer piso, cuando los había eran usualmente repeticiones del primero. Luego las paredes se cubrían con una mezcla de estiércol de caballo y tierra amarilla y por último se cubría con cal. La escasa decoración que permitían dichas estructuras estaba en las puertas, en las ventanas y en las escalas de madera y en algunos acabados en yeso tanto en el interior como en el exterior de la vivienda (16).

Una infinita gama de diseños plasmada en los calados de contraportones, cancelas de comedor, puertas-ventanas, ventanas y balcones pone de presente la destreza artesanal y la inagotable imaginación y creatividad de los artesanos regionales. Esta labor artística dota a la vivienda de

alucinantes espacios ambientales; allí el claro-oscuro, el juego de luces y sombras, el equilibrio de llenos y de vacíos aparenta irreales encajes abstractos que llenan el espacio habitable de un cierto misterio apacible y tranquilo" (17).

Los maestros albañiles aún a finales del siglo XIX eran por lo general también carpinteros y mostraban gran pericia pero no eran inclinados a las construcciones ostentosas. O más bien podría decirse que los carpinteros eran también constructores, toda vez que participaron en dichas obras montando las armazones que se hacían con pesados leños y conuros de tapias. Las casas se preferían con patio interior y en lo posible con solar para los pequeños cultivos caseros. Este modelo, si bien era el de mejor acogida, por sus costos no pudo ser asequible a todas las clases sociales. Los más pobres veían restringidos sus sueños y debían conformarse con pequeñas casas en las afueras, sin baldosar y de un solo piso. Aún no se conocían los mosaicos de hoy en día y las balcónicas que se usaban eran del mismo material del ladrillo y soltaban bastante polvo. Los más pudientes cubrían el piso con madera.

Con el aumento de la población de Medellín desde las últimas décadas del siglo XIX crece su actividad constructora, motivo por el cual la albañilería se convirtió en uno de los oficios más numerosos. Ya en 1916 había 969 albañiles y en

cambio el número de carpinteros era de 375 (18). En el resto de pueblos, por su parte la albañilería siguió muy ligada a la carpintería por mucho tiempo, especialmente porque de un carpintero se esperaba, además, que fuera un excelente armador de casas.

Inicialmente en Medellín y en las grandes ciudades, la albañilería poco a poco se fue desligando de la carpintería. Se fue dejando a los carpinteros el entechedado de las casas y la fabricación de puertas, ventanas, balcones, escaleras y otros accesorios de la vivienda. Influyó bastante en esta separación el cambio de las tapias por los ladrillos a comienzos del siglo XX. Sin embargo, problemas de calidad de los mismos y su elevado precio por falta de una mayor tecnificación en su producción fueron razones suficientes para que una amplia capa de la población prefiriera construir sus viviendas a la manera que ya conocían hasta que se mejorara la calidad y el precio de los adobes.

La albañilería no tuvo la misma significación en campos y ciudades. Como Medellín estaba creciendo aceleradamente necesitó que el número de trabajadores estuviera en aumento. En 1882 resultaba ventajoso ser albañil en Medellín por lo que Uribe Angel calcula que los jornales siguientes en el campo eran altos:

Peón jornalero	\$ 0.70
Oficial	\$ 1.40 a 2

Maestro director de obra \$ 2.50 a 3

También comenta que el valor de la mano de obra se ha triplicado entre 1860 y dicho año. (19).

5.4. CARPINTERIA Y EBANISTERIA.

En el siglo XIX la ciudad, o el casco urbano era el lugar donde se ofrecía una mayor variedad de artefactos hechos en madera. Había especialistas en copiar los modelos de muebles europeos, en la reparación y restauración de muebles, en la elaboración de instrumentos musicales, en la fabricación de coches y carretas, etc. Los había bastante buenos como para montar los altares de las iglesias, tallando figuras en la misma madera; obras que aún se conservan y son testimonio de su talento artístico. Pero aún en 1874 se reconocía que en Medellín había un atraso notorio. Según Lisandro Ochoa en ese año apenas se trabajaba con torno, sierra de vuelta y buriles.

No se conocían maquinas de aserrar, ni las tan prácticas para acolillar, cepillar, hacer molduras y tantas otras que ayudan en la actualidad a los ebanistas y carpinteros a ganar tiempo y embellecer y pulir sus trabajos (20).

Para Uribe Angel en cambio, los carpinteros regionales eran bastante prácticos y de gran invención. Eran épocas en que aún se conseguía en abundancia laurel, comino crespo y liso,

diomato, cedro, nogal, chaquiro, abinge, algarrobo, guayacán, "y muchos otros se prestan a maravilla para la fabricación de muebles que serían lujosos hasta en populosas ciudades de América del Norte, Inglaterra, Francia y Alemania. Ebanistas tenemos para quienes es practicable tarea construir órganos y pianos, a cuya labor se entregarian si los introducidos de ultramar no los rivalizasen por sy mejor precio" (21).

Ya Medellín a esas alturas se había convertido en un gran centro productor de muebles con un crecido número de ebanisterías. Hasta dos almacenes de muebles se encuentran en las estadísticas de 1880 y algunos comisionistas recibían en consignación muebles y los ofrecían en sus agencias. En 1878 la firma Gomez y Compañía ofrecía este servicio (22); igual propuesta hacia a los joyeros y sombrereros.

Es común encontrarse con descripciones de viviendas en el corazón de las ciudades en las que se destaca la ubicación en una misma sala de muebles finos y rústicos. En el campo prevalecían estos últimos. Una piedra montada en armazón de troncos parecido a una pata de gallo, servía para moler el maíz cocido con ceniza, mientras las totumas y utensilios de madera eran algunos de los componentes de una cocina recién instalada (23).

Lentamente se iba dotando la vivienda de su mobiliario, de

preferencia sólido y resistente al paso de los años. El comino crespo era uno de los preferidos. Por lo general los muebles se forraban en piel de vaqueta; también los había en cuero reforzados con rejos (24), y una gran cantidad de ellos sin ningún tipo de torneado. En los taburetes por ejemplo era común que se hicieran de la forma más simple garantizándose sólo su resistencia. Las camas, en lo posible tenían cielo raso forrado y cortinas que servían como protección contra los insectos con cojinas vistosas y elaboradas por las mujeres de la casa. Los escaparates eran sólidos pero su decorado al parecer no se hacía con mucho esmero. Las cunas, según Eladio Gónima, eran similares a una batea que se amarraba con cuerdas a la cama de forma tal que permitía subirla o bajarla de acuerdo a la necesidad (25). El resto del mobiliario para la casa consistía en alguna poltrona para la sala; pequeñas mesas para colocar auornos, la mesa "sacramental" del comedor con una más auxiliar para colocar allí trastos y ollas, etc.

Tal vez porque la mano del nombre se nota muy especialmente en los trabajos de madera, o porque la simbología de éstos pesa tanto en la conciencia, Luis Tejada llegó a considerar algunos objetos, en este caso un taburete y un ataúd como casi humanos. El taburete porque "Tiene aspecto de una persona seria, formal, silenciosa, que cruza los brazos y espera en la sala", y el ataúd porque "Da la imagen de una persona envuelta en algo"...(26).

5.5. LA FORMACION EN EL OFICIO

Como en los gremios, la primera escuela de formación desde el periodo colonial era el propio trabajo, con quienes ya eran experimentados. Esta constante se repite aún mucho después de instalados los primeros centros de enseñanza de la carpintería. En cada taller había aprendiz encargado de tareas menores formándose para el desempeño independiente de la labor, el oficial un rango mas alto que el aprendiz y Maestro, con capacidad de enseñar el oficio.

Pocos años después de haber terminado la primera mitad del siglo XIX se crea el primer centro formador de carpinteros y nerreros en la ciudad de Medellín, institución que se llamó Escuela de Artes y Oficios. Desde 1865 la Escuela de Artes y Oficios fue un importante centro formador de carpinteros. Su prestigio había alcanzado tal nivel que fue la sección donde mas concurrieron estudiantes; en 1871 estaban matriculados 53 en los talleres de carpintería, 43 de ellos procedentes del mismo departamento del centro, mientras que en los de nerrería había 5 y en torno 12 (27). En 1897 los noventa alumnos de la escuela se dividían en las siguientes secciones:

Carpintería	60
Imprenta	4
Herrería	26

Se fabricaban allí muebles, carretas, maderas para entablados de pisos, molduras de forma y tamaños variados (como normas de zapatos) y a la vez se escopleaba y espiaba todo tipo de obra que se les enviara.

Sus productos competían con ventaja sobre los de las otras carpinterías de la ciudad.

El primer director de la escuela, Enrique Haesler, se encargó en 1871 de los talleres de herrería, cerrajería, carpintería y ebanistería. Pero la misma escuela sufrió los altibajos propios de la inestabilidad política. En 1881 se cerraron las cátedras y sólo se dejaron funcionando los talleres de herrería, cerrajería y carretería para reparar carros y herramientas del gobierno (29). En 1886 en la sección de carpintería había 17 estudiantes (30). En 1897, el número de alumnos de carpintería en la escuela, a cargo de los maestros Vieco y Madrid, era de 60, mientras que en Imprenta hacía cuatro y en herrería 26 (31).

Las distintas oficinas del gobierno a fines del siglo XIX contaban con esta institución para que hiciera las reparaciones de sus enseres y artefactos de madera o como en el caso del presidio, le pedían herramientas para ellos mismos hacer las reparaciones que necesitan en sus

dependencias. El Director General del Presidio, Juan P. Bernal, pedía en 1890 se le suministrara un cepillo de vuelta, cuatro limas, dos triangulares y una escofina, una sierra de vuelta, un escopito de tres cuartos de pulgada y una llave americana para reparar los carros del Presidio, averiados en los trabajos del Departamento (32).

Unos meses atrás el mismo director había solicitado otras herramientas a la institución para hacer ellos mismos las reparaciones aprovechando que tenían dos presos carpinteros. La lista de lo pedido era la siguiente:

3 limas grandes: escofina, tabla musa y media caña musa
6 limas pequeñas triangulares
1 sierra de vuelta
4 gusyias
1 fierro de garicopín
1 azuela
1 limatón
1 regla de pulgadas
1 juego de brazas (o bracas)
tenazas
(33)..

Los talleres de San Vicente, otra institución gubernamental en la segunda mitad del siglo XIX, también se preocupó por preparar a los niños huérfanos que allí vivían en el arte de

la carpintería. Pero esta preparación era más bien para que ellos mismos fabricaran las camas y enseres que necesitaban. Desde la institución, la idea inculcada en muchos de estos niños era que lo preferible era aprender a hacer tejidos porque en carpintería o zapatería sólo encontrarían malos patrones (34).

En el resto de localidades antioqueñas los carpinteros fueron igualmente importantes y sus trabajos tuvieron una gran permanencia especialmente porque se les necesitaba; el mundo rural aún utilizaba de preferencia los materiales maderables de que disponía con mayor facilidad. Tal es el caso en 1912 de los trapiches de madera a pesar de que ya se conocían los de fierro de fuerza animai, los hidráulicos y los eléctricos. Los índices de rentabilidad eran de esperarse, diferentes. El caso de Frontino ejemplifica esta situación.

ESTABLEC. PROD.XDIA V/R JORNAL #JORN

Trap. Madera Fza. Anim	16	\$ 80	\$0.24	80
Trap. Hierro Fza. anim	16	\$190	\$0.24	80
Trapiches hidráulicos	6	\$200	\$0.22	72

(35).

A comienzos del siglo XX, la carpintería y la ebanistería se habían consolidado en Medellín. En 1916 había en la ciudad 375 carpinteros con un jornal promedio de \$0.80 y en su actividad ya se daban algunas especializaciones. Por

ejemplo, la lista de productos presentados a la Exposición Industrial de 1923 muestra el interés por ofrecer una mayor variedad de productos. Se producían camas, escaparates, tocadores, escritorios, sillas, sofás, taburetes, billares, instrumentos musicales, hormas para zapatos, marcos, obras torneadas pequeñas como el ajedrez.

Rafael Vergara expuso por ejemplo, cama, escaparate, y tocador "enchapados y encausticados" y escritorio y silla pintados y barnizados "al tapón". Otros presentaron muebles de mimbre, molduras fabricadas a máquina, obras tapizadas, instrumentos musicales, baúles, etc. (36).

Pero las conclusiones del concurso dejan saber que aún había mucho por mejorar, especialmente en el terminado de las obras. "Se nota en la obra expuesta falta de diseño o de conjunto, defecto de que ha adolecido en todo tiempo la obra de nuestros ebanistas, los cuales se han preocupado más que todo de la calidad de la mano de obra, haciendo caso omiso de la parte artística del conjunto (37). Si bien las conclusiones de ese certámen eran demasiado severas, aún muchas gentes no estaban contentas con la calidad artística de las obras de carpintería. Hasta el viajero Von Schenck lo hacía notado y lo que más curiosidad le causaba era que tanto los muebles rústicos como los más finos compartieran una misma sala aún en las casas de los más adinerados (38).

Pero si el trabajo en madera aún tenía mucho que mejorar en cuanto al acabado, nadie discutía la calidad de las obras. Además se era consciente de la riqueza maderera de la región, la misma abundancia que por mucho tiempo, en las tierras cercanas a los grandes ríos animara su explotación.

NOTAS:

- (1). C.D.I.A.I. Op. Cit. p.347.
- (2). Monsalve, Op. Cit. p.95.
- (3). Góñima Op. Cit. p.154.
- (4). Libro de Actas del Cabildo. Op. Cit. p.241.
- (5). El Antioqueño constitucional, Medellín, Junio 20 de 1847 No.42 p.160.
- (6). Boletín Oficial, Medellín Enero 20 de 1868 No.260 p. 23.
- (7). Tobón Botero, Néstor "Arquitectura de la colonización antioqueña" Tomo I. Universidad Nacional Bogotá 1985 p.117.
- (8). La Estrella de Occidente, Medellín, Enero 13 de 1850 No. 176 p.3.
- (9). Latorre Mendoza, Op. Cit. p.303 a 306.
- (10). Boletín Industrial, Medellín, septiembre 27 de 1877 No.483 p.139.
- (11). Base de datos sobre Antioquia profesor Víctor Alvarez A.C.M. Tomo 81 Doc. 4 fol.148 y Ss.
- (12). La Tribuna, Medellín, Noviembre 13 de 1880 p.78.
- (13). Anuario Estadístico de Medellín 1916. Op. Cit. p.33 y 35.
- (14). Los Tiempos, Medellín, Noviembre 28 de 1896 No. 68 p.271-72.
- (15). A.H.A. República Censos Tomo 2693 Doc. 8.
- (16). Uribe Angel, Manuel "Cartas sobre Medellín" En: Rev.

- literaria, Bogotá, Marzo 21 de 1892 p.105-113.
- (17). Tobón Botero, Op. Cit. p.117.
- (18). Anuario Estadístico de Medellín 1916 Op. Cit. p.33.
- (19). Uribe Angel, Manuel "Cartas sobre Medellín, En Rev. Literaria, Marzo 21 de 1992 p. 105 a 113.
- (20). Ochoa, Op. Cit. p.114.
- (21). Uribe Angel, Manuel. "Cartas de Medellín". En Rev. Literaria, Bogotá, Febrero 28 de 1892 p.771.
- (22). Boletín Industrial. Medellín, Julio 11 de 1878 No.529 p.1575.
- (23). Carrasquilla, 1952 Op. Cit. p.694.
- (24). Carrasquilla, 1968 Op. Cit. p.78
- (25). Góñima, Op. Cit. p.113
- (26). Tejada, Luis. "transformaciones de la madera" En: Algo de lo Nuestro. Op. Cit. p.170-80.
- (27). Informe del Rector del Colegio del Estado al Srio. de Gobierno 1871. En: Mensaje del Presidente a la Legislatura del Estado S. de Antioquia. Imp. del Estado, Medellín 1871 Documentos. p. 32.
- (28). El Artesano, Medellín, Marzo 10 de 1897 No.1 p.7
- (29). Registro Oficial, Medellín Junio 4 de 1861 No 54 p.1749.
- (30). Boletín Oficial, Medellín, Abril 15 de 1886 No. 116 p.921.
- (31). El Artesano, Medellín, Marzo 10 de 1*(& No.1 p.7.
- (32). A.H.A. Gobierno Ramos Vol.5112 fol 450.
- (33). A.H.A. Gobierno Ramos Vol.5112 fol 205.

- (34). Reglamento de la Soc. San Vicente de Paúl. Sección Mendicante. Imp. del Estado. Medellín 1886. Docs. relativos a la cesión de un local para uso de los Talleres de San Vicente. p.4.
- (35). Boletín de Estadística, Medellín, 1912. Op.Cit. p.299
- (36). Exposición de Antioquia 1923. Op. Cit. p.163-167.
- (37). Ibid. p.17.
- (38). Von Schenck, Friedrich "Viajes por Antioquia en 1880" Ed. Banco de la República, Bogotá 1953 p.25-26.

6. MANIPULACION DE CUEROS

Para abordar este capítulo es necesario tener en cuenta que el trabajo con el cuero implica varias ramas de la producción, ramas, que hasta comienzos del siglo XX se hacían en forma completamente artesanal. Por un lado se daba el curtido del cuero, proceso del que se encargaban en el periodo las escasas tenerías existentes, por otro estaba el de la fabricación de zapatos a cargo de zapateros y por último estaban los fabricantes de otros artículos de cueros conocidos como talabarteros.

6.1. TENERIAS, TALABARTERIAS Y ZAPATERIAS.

La manipulación de las pieles en Antioquia tuvo hasta comienzos de la segunda mitad del siglo XIX un atraso notorio, palpable desde el proceso del curtido hasta la fabricación y reparación de calzado y otros productos. Es así como, la escasa iniciativa local se limitó, en el caso del curtido, a descarnar y pelear las pieles. Estas servían entonces en algunos productos como taburetes, bandas, etc. Los talabarteros y zapateros, por su parte, preferían importar el cuero que tuviera un mejor tratamiento. La situación fue variando a medida que la ampliación de los mercados en Europa y USA para los cueros americanos impulsó la instalación de algunas tenerías desde el siglo XVIII; en

1798 se montó en Medellín la primera tenería de propiedad de Francisco González y Domingo Aguilar en el barrio La Ladera y que fracasó posteriormente (1). Para exportar las pieles se requería como mínimo secarlas y salarlas con el fin de preservarlas de la corrupción (2). El curtido, de esperarse, se hacía en el exterior.

Hasta el siglo XVIII las causas del atraso, en parte, tenían una íntima relación con la escasez de mercados para los productos manufacturados en cuero, salvo algunos artículos de talabartería que tenían el suyo asegurado pero restringido. Tampoco se creó una tradición de trabajo del cuero como ocurrió en Bogotá, y se prefirió acudir a la importación de artículos de cuero, de pieles finas ya curtidas, y en última instancia a la utilización de las pieles con poco tratamiento para muebles rústicos. De esta manera, contrasta la exportación de pieles con poco tratamiento con la importación de cueros finos ya curtidos.

En Antioquia, en el siglo XIX, se dio una preocupación por eliminar algunas importaciones especialmente aquellas que con un poco de esfuerzo y alguna preparación técnica fueran evitables. El tratamiento de los cueros fue uno de los ramos que permitió que las pieles se exportaran mejor tratadas, lo que revirtió en una mayor ganancia y facilitó a los zapateros y talabarteros el trabajo con las mismas. Pero este proceso fue lento; entre tanto los zapateros

locales preferían trabajar con pieles importadas aunque absorvían parte de la clienta de los curtidores más cercanos.

El siglo XIX, además, marca el tránsito de la costumbre de andar descalzo a la del uso de calzado. El uso más generalizado del mismo se dio primero en las grandes ciudades y en los cascos urbanos de las localidades más pequeñas o en ocasiones en los días festivos para dirigirse a la iglesia o a una celebración especial. La demanda era satisfecha en gran parte por la importación de calzado europeo de gran fama.

Los zapatos hasta el siglo XIX en la región se fabricaban artesanalmente, pero las gentes no estaban conformes con la calidad de estos. Se pensaba que los europeos aventajaban a los nuestros apesar de haber sido hechos en serie; el terminado y la comodidad del producto eran buenas razones para adquirirlos. Las conclusiones de la Exposición de 1923 así lo hacen entender. (3).

Mientras acá se pensaba que el producto europeo fabricado en serie era mejor, en el viejo continente, se cuestionaban sobre su calidad. M. Christian recogió la inquietud al respecto, señaló que en el trabajo por piezas al final nadie respondía por la calidad y propuso un cosido que los hiciera impermeables. Recomendaba también que el zapatero le mostrara al usuario la primera suela cosida a la vira

además de un buen engomado. Luego el mismo cliente debía hacer el siguiente procedimiento:

"Haced fundir en un puchero de tierra barnizado, que colocareis cerca del fuego, una cantidad cualquiera de buena brea; añadido un poco de goma elástica cortada en láminas muy delgadas, reblandecida de antemano con vapor de agua caliente; revolved la mezcla con una espátula de madera para facilitar la disolución de la goma. Enseguida pasad esta composición aún caliente, por medio de un pincel sobre la vira y primera suela, teniéndola cerca del fuego. Dad luego un baño a la costura, teniendo cuidado de dejar un pequeño espacio no cubierto a lo largo del borde, después a toda la superficie, y repetid esta operación hasta que el baño haya tomado el grueso de dos naipes. Haced secar y volved luego el calzado al zapatero para que una la segunda suela" (4)

En Antioquia, si bien hasta el siglo XIX los talabarteros, y gracias a una economía ruralizada, disfrutaron de una mayor demanda de sus productos (aperos, sillas de montar, etc) en contraste con la baja producción de los zapateros, sólo atendían la demanda local o de distritos aledaños.

Fue en el auge de la economía cafetera, según Brew, que aumentó la capacidad de consumo de una franja mayor de la población (5) y por consiguiente se estimuló la producción de artículos manufacturados. Otras condiciones, como la

fuerte devaluación del período, las medidas proteccionistas y el hecho de que se popularizara el uso de zapatos, sin duda, estimuló aún más el trabajo artesanal y manufacturero, entre éstos el curtido de cuero material que antes llegaba por importación.

6.2. CURTIDO DEL CUERO

A lo largo del siglo XIX se establecieron tenerías en algunas localidades del territorio antioqueño y éstas a su vez surtieron el importante mercado de Medellín. El censo de 1813 registra en dicha ciudad sólo un curtidor (6), lo que muestra que la capital debió traer pieles de otros distritos. En cambio, ejercían el oficio de zapatero 17 nombres. Esta situación duró hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX. En 1888 Rionegro es la localidad antioqueña con mayor número de tenerías. El Anuario Estadístico de Antioquia de dicho año hace una relación de 35 tenerías en Antioquia, distribuidas en 23 localidades, no todas con la misma capacidad de producción. Por ejemplo, mientras cada una de las tenerías de Medellín, Manizales, Salamina y Sonsón reportaron cada una más de 600 pieles curtidas ese año, en las otras la producción oscilaba entre 70 y 530 pieles curtidas. La localidad con mayor producción era Sonsón, pues en una sola fábrica se curtieron ese año 2600 cueros. Las tenerías de Rionegro apenas curtían en promedio 300 pieles por fábrica (7). No obstante parece

reconocida la calidad de las pieles de Rionegro. Una Talabartería abierta en Medellín en 1893 ofrece sus productos elaborados con cueros de las "afamadas" tenerías de Rionegro (8). Sin duda contaban con otras ventajas sobre las de Sonsón como su cercanía al importante mercado del centro y de oriente, mientras que esta última tenía junto con Salamina y Manizales el mercado del Sur, zona de reciente colonización.

TENERIAS 1888

LOCALIDAD	# LOCALES	# PIELES	V/R PROD.	GASTOS \$
CALDAS	1	150	600	300
CONCORDIA	2	220	1560	270
ENVIGADO	3	600	3420	920
FREDONIA	1	530	2650	1480
GUARNE	1	260	1400	700
MEDELLIN	1	600	2000	1000
SAN PEDRO	2	560	2450	1750
TOTAL CENTRO	11	3120	14080	6420
AMALFI	1	260	770	480
ANGOSTURA	1	210	940	670
CAROLINA	1	240	1710	800
SANTA ROSA	1	140	980	290
YARUMAL	1	400	2000	1330
TOTAL NORTE	5	1250	6400	3570